



Los procesos de participación social

Manuel González Navarro
Coordinador

Jorge Mendoza García
Raquel González Loyola Pérez
Eulogio Romero Rodríguez
Héctor Meza Aguilar



SOMEPSO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO

Cuadernos de Psicología Social de la SOMEPSO

**Los procesos
de participación social**

**Cuadernos de Psicología Social
de la Sociedad Mexicana de Psicología Social**

SOCIEDAD MEXICANA DE PSICOLOGÍA SOCIAL, A. C.

Mtro. Manuel González Navarro

Presidente

Mtra. Olga L. Bustos Romero

Secretaria Ejecutiva

Lic. J. Octavio Nateras Domínguez

Tesorero

Mtro. Jesús Segura Hidalgo

Secretario de Organización y Planeación

Lic. Lidia A. Ferreira Nuño

Secretaria de Relaciones Públicas

Prof. Humberto Zepeda Villegas

Secretario de Publicaciones

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO

M. en C. Dolores Cabrera Muñoz

Rectora

Q. M. José Merced Esparza García

Secretario Académico

M. en C. Ma. Guadalupe Rivera Ramírez

Directora de la Facultad de Psicología

Dr. José Ambrosio Ochoa Olvera

Jefe de la División de Investigación y Posgrado

M. en C. Raquel González Loyola Pérez

Coordinadora de la Maestría en Psicología Social

Los procesos de participación social

Manuel González Navarro
Coordinador

Jorge Mendoza García
Raquel González Loyola Pérez
Eulogio Romero Rodríguez
Héctor Meza Aguilar

Cuadernos de Psicología Social
de la Sociedad Mexicana de Psicología Social



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO

Comité Editorial

Salvador Arciga Bernal, Angélica Bautista López,
Claudette Dudet Lions, Juana Juárez Romero,
María de la Luz Javiedes Romero.

Asistente Editorial

Jahir Navalles Gómez

Cuadernos de Psicología Social
de la Sociedad Mexicana de Psicología Social

Volumen 3. Noviembre 2004

Diseño de portada y formación: Alicia Arellano e Igor Nateras

© Sociedad Mexicana de Psicología Social, A. C.
Derechos reservados.

ISBN de la serie: 968-5868-00-X
ISBN: 968-5868-02-6 Volumen 3

Se autoriza la reproducción de este material previa
notificación a la SOMEPSO.

Hecho en México

Índice

Presentación <i>Claudette Dudet Lions</i>	7
La participación: una psicología política del sentido <i>Jorge Mendoza García</i>	11
Los laberintos de la participación ciudadana <i>Manuel González Navarro</i>	33
Conceptualizaciones históricas sobre las nociones de ciudadanía y sociedad civil: un acercamiento racional-afectivo <i>Raquel González Loyola Pérez</i>	59
Sujetos sociales y participación social <i>Eulogio Romero Rodríguez</i>	77
Hacia una psicología sociopolítica <i>Héctor Meza Aguilar</i>	85
Autores	103

Presentación

En este tercer número de los Cuadernos que publica la Sociedad Mexicana de Psicología Social, se presentan las conferencias, que sobre Psicología Política y Participación Social, hicieron posible el 2o. Foro Regional de Psicología Social organizado por la SOMEPSO y la Universidad Autónoma de Querétaro en septiembre de 2003.

La Psicología Política y la Participación Social, son dos áreas de conocimiento que han adquirido gran relevancia como partes medulares de la Psicología Social en estos tiempos de vertiginosos cambios sociopolíticos y culturales que se han generado en las formas de organización social y que han propiciado grandes debates y transformaciones en torno a la comprensión de las realidades sociales. Como toda construcción social de conocimientos, la Psicología Social, ya es en sí misma una Psicología Política, dado que todas aquellas acciones encaminadas a la creación y transformación de significados y sentidos sociales, también representan un compromiso político.

Las diferentes aproximaciones con las que los autores abordan estas temáticas y sus diversas manifestaciones, son un reflejo de la pluralidad teórico-metodológica que ha caracterizado no solamente a la Psicología Social, sino, a las diversas esferas del conocimiento societal y que no es más que la expresión de la necesidad social de respeto y tolerancia para la comprensión de las realidades sociales desde distintos horizontes.

En este sentido, los trabajos aquí presentados, además de permitirnos conocer diversas formas de interpretación de la psicología política y de la participación social, nos dan un amplio panorama sobre el devenir histórico de la Psicología Social, y son una invitación para continuar con la reflexión y el debate en torno al acontecer social y a la generación de conocimientos en la disciplina.

De esta manera, el Cuaderno se inicia con el trabajo de Jorge Mendoza García: «La participación: una psicología del sentido», que

aborda las diversas formas de participación social desde una Psicología Política del sentido. En esta aproximación, el autor considera que la participación social es un proceso que se genera mediante la construcción de sentido y, que este sentido, es lo que va a determinar que se participe en un determinado acontecimiento. El sentido radica en la contemplación misma, en el percibir los asuntos que la sociedad acuerda como relevantes y significativos. Por tanto, el sentido es una construcción relacional e intersubjetiva, un intercambio simbólico que adquiere su máxima expresión mediante el discurso. De ahí que el sentido de la vida social y la participación social se relacionan más con el compartir y construir.

La presentación de Manuel González Navarro: «Los laberintos de la participación ciudadana», nos habla respecto a las distintas aproximaciones de la comprensión de la participación social, en las que no obstante puedan darse diversos puntos de vista, sus elementos pueden sintetizarse en: el espacio, los actores, los problemas, la dinámica social, los antecedentes y consecuencias, las alternativas sociales, la búsqueda de soluciones o su construcción. La participación implica una sincronía de acciones y perspectivas entre las personas posibilitándoles reconocer sus necesidades y problemáticas, así como las posibles formas de resolución. Por lo que la participación social depende de la actividad colectiva de resignificación que se emprendan; es decir, sus componentes socio-afectivos, evaluativos y cognitivos constituyen su punto medular. Asimismo, para el autor, las diversas formas de participación social son la expresión de la historia de la sociedad, desde el punto de vista de los grupos y, tras un recorrido histórico sobre la participación social en México, considera que la participación, como una búsqueda ciudadana, se inicia entre los años 50 y 60's mediante los diversos movimientos sociales; siendo el movimiento estudiantil del 68, el que mayor impacto tuvo.

Raquel González Loyola Pérez, con la ponencia: «Conceptualizaciones históricas sobre las nociones de ciudadanía y sociedad civil:

un acercamiento racional-afectivo», nos narra sus reflexiones en torno a la noción de ciudadanía y, tras una síntesis del surgimiento de las masas como sujeto histórico-político, aborda las maneras como la modernidad ha pretendido ordenarlas y formalizarlas como individuos-ciudadanos; es decir, en sus formas de participación social en tanto partidos políticos o como sociedad civil. De esta manera, a partir del proceso histórico de la conformación de la noción de ciudadanía, es como la autora ha ido esbozando las concepciones de participación social que se han generado conjuntamente con la noción de Estado-Nación. Por tanto, las diversas concepciones de ciudadanía son construcciones discursivas políticas, identificativas, históricas y diferenciales.

El trabajo de Eulogio Romero Rodríguez: «Sujetos sociales y participación social» es una aproximación a la comprensión del sujeto-individuo y de sus formas de participación social que retoma algunos aspectos de la Teoría de Sistemas. El autor considera los procesos generadores de la participación desde diversos niveles para abordar tanto lo microsocioal como lo macrosocioal. La participación la concibe como un proceso íntimamente relacionado con la identidad, las representaciones sociales y la influencia, así como con el individualismo, la alteridad, el conflicto y el cambio social. A partir de su propuesta, plantea generar una orientación en la Psicología Social que permita vincular la acción individual y el compromiso personal con los intereses colectivos.

Para cerrar este número, la ponencia de Héctor Meza Aguilar «Hacia una psicología sociopolítica», nos presenta una propuesta de resignificación y reordenamiento de la psicología social como una disciplina sociopolítica. Mediante un recorrido histórico, el autor expone los efectos catalizadores que la Segunda Guerra Mundial generó en las tradiciones psicosociológicas, tanto en la europea como en la estadounidense. El autor destaca que a la vez que la psicología social estadounidense obtuvo grandes contribuciones de diversos científicos europeos que se vieron obligados a emigrar de su país, la

psicología social europea siguió desarrollándose de acuerdo a su contexto histórico y cultural, sobresaliendo las aportaciones de Serge Moscovici. Aportaciones que aunadas a las de Michael Foucault fueron determinantes para asentar las bases de una Psicología Social crítica, ya que abrieron el estudio de la influencia social y del poder, desde una perspectiva psicosocial.

Por último, además de agradecer la valiosa contribución de los autores de este panorama, conformado de diversos puntos de vista, esperamos que la lectura de los trabajos aquí recopilados deje abierta la puerta para continuar el diálogo.

Claudette Dudet Lions

La participación: una psicología política del sentido

Jorge Mendoza García

1. Introducción

La psicología política, en alguna de sus vertientes, digamos la más empírica, se avoca al estudio de la participación. Participación que la gente realiza en ciertos movimientos políticos, sociales, culturales, académicos, religiosos, manifestaciones, firma de manifiestos, concentraciones, votaciones, en partidos políticos, etcétera. En distintos momentos y lugares, la gente se concentra alrededor de alguna proclama, programa, movida contestataria, gesto de solidaridad, reivindicación... que le convoca o le llama a participar y ser parte de ese algo; pero que también depende de las personas convocadas para que tal movimiento o reivindicación se sostenga. El por qué la gente llega a participar en ciertos eventos y asuntos, y no en otros, es el motivo del presente trabajo. Intenta argumentar: a) qué es el *sentido* que se encuentra, se genera o se construye; b) lo que permitirá a las personas ser partícipes de un determinado acontecimiento o reivindicación; c) y tal sentido, en el momento que se agote, se pierda o se desvanezca, determinará la salida o alejamiento de la gente de tales espacios o acciones. Esto opera, según se trata de mostrar, lo mismo para movimientos conservadores que para progresistas, para reivindicaciones de izquierda que de derecha, para asuntos académicos que para religiosos y, por supuesto, para la vida cotidiana. Todos los movimientos y participaciones, en tal caso, están edificados con el

material del sentido, que se nutre más de sensaciones y afectividades que de racionalidades y fundamentaciones. Lo cual se puede percibir en el constante cambio de militancias y en la emergencia de múltiples espacios de participación (por fuera de las propuestas añejas e institucionales), como las denominadas organizaciones no gubernamentales y las defensoras de derechos humanos, o la tan explosiva y desnuda globalifobia.

2. La Polis y la política

La Polis alude a la ciudad, a lo público, a lo que es asunto de muchos, a lo que compete a una comunidad (Gómez de Silva, 1985). Los griegos sabían mucho de ello, a razón de que era en la ciudad, en el espacio público, donde se decidían los asuntos que eran de interés de una población, de un Estado. No obstante, se movían con una deficiencia: su sistema tenía como base la exclusión, porque no eran ciudadanos los niños, las mujeres, los esclavos, los jornaleros, entre otros. Razón por la cual, de manera hartó generosa, Michael Billig (1986) ha considerado este proceder griego como «democracia restringida».

En la actualidad, al menos legalmente, sólo los niños no cuentan como ciudadanos, y es evidente que la noción de ciudadanía y de *Polis* se ha desdibujado y vuelto a dibujar sobre otros derroteros; que poco o nada tienen que ver con lo que en la Grecia antigua acontecía. Por ejemplo, no tenemos a un Aristóteles y agremiados que estudien 350 constituciones para saber cuál es la que mejor se adecua a las circunstancias actuales; al contrario, ahora son los dueños del dinero quienes deciden qué es lo más indicado (y no necesariamente lo mejor), para una sociedad como la mexicana. Y valga decir por cierto que, hace 25 siglos hubiera sido imposible pensar en contar con gobernantes así, como los nuestros, dado que es una recurrencia en las propuestas de los filósofos de ese entonces que, precisamente, no debe haber dinero y lucro de parte de aquellos que ejercieran el gobierno (Platón, 2000).

Y si se ha modificado la *Polis* y la concepción de gobierno, similar transmutación ha acontecido con la forma de concebir la participación política. Si antes se erigía como la actividad de los ciudadanos en torno a los asuntos de la ciudad, ahora es un poco más amplio su radio de acción. En efecto, los modos de opinar o actuar en torno a los asuntos que la sociedad cree de su competencia se han diversificado, no obstante que en ocasiones se trate de reducirla únicamente a las urnas.

Así, se puede señalar que están las formas tradicionales, presentes desde el surgimiento de las instituciones que regulan una sociedad, acaecido con el advenimiento de los Estados, que permiten participar mediante la expresión de un tipo de opinión. El voto es una muestra de ello. Es este ámbito el que cobra especial atención para ciertos psicólogos políticos, pues centran su interés en lo que los ciudadanos, hombres y mujeres mayores de 18 años, expresan mediante boletas electorales, cada tres años. Asimismo, se da cuenta de otras formas de intervenir en ese ámbito, denominado como político, por ejemplo, la firma de manifiestos, los llamados a solicitar o quejarse en torno a ciertas problemáticas, entre otras cuestiones. En conjunto, todas estas expresiones se han denominado pacíficas o Participación Política Convencional (PPC), dado que es ese el terreno en el que se mueven las diferentes manifestaciones que cobran las inquietudes políticas de la sociedad.

Pero existen, a su vez, otras formas de involucrarse para señalar los intereses de una comunidad cualquiera; que exista al interior de una sociedad, de una ciudad, de una *Polis*. Las protestas, el cierre de calles, el apedreo a comitivas gubernamentales, las barricadas, las tomas de edificios, las sublevaciones y hasta la lucha armada, como la del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) o la del Ejército Popular Revolucionario (EPR), que en conjunto se han denominado Participación Política No Convencional (PPNC) o acción política (D'Adamo, García y Montero, 1995; Montero, 1995).

Entre la denominada Participación Política Convencional y la No Convencional se conforma un panorama amplio sobre el quehacer político de los ciudadanos. No obstante, queda la sensación de que resta un vacío, un hueco que la dureza de las explicaciones psicopolíticas no atinan a llenar. Esto es así porque, por ejemplo, hace falta saber por qué esos que denominan ciudadanos para votar, o militantes para protestar, deciden realizar una y no otra actividad. Por qué prefieren tomar las calles o pintar un muro y no ir a tachar una boleta electoral. Consideramos que ese asunto corresponde al mundo de la gente, de la que habita la vida cotidiana y que decide asumirse así, como gente, antes que como ciudadano o militante. Y esa gente se mueve por sentidos, el sentido de la existencia, el sentido de la vida, el sentido del tiempo, el sentido del acto; el sentido que ciertas cosas generan en la gente, y que le permite moverse o actuar de una determinada manera.

3. El sentido de las cosas

El sentido, que en buena medida determinará el quehacer de la gente, etimológicamente alude al «entendimiento», a la «razón», al «significado». No es el entendimiento como intelecto de los especialistas, ni la razón como racionalidad o lo razonable, sino algo que se entiende y a lo cual se le otorga una razón como sentir, que es percibir, experimentar sensaciones o «impresiones» (Gómez de Silva, 1985). Entonces, puede advertirse lo siguiente: que algo tenga sentido quiere decir que impresiona y que se entiende, esto es, que se percata. Asimismo, el término significado refiere a significar: que tiene «el mismo sentido que». Es decir, que algo significa, tiene significación o «importancia»; en suma, que resulta significativo (*idem*). Lo anterior puede ser clarificado si pensamos en la experiencia que se obtiene cuando se mira a Marte, la Luna o a una muchacha, todo eso tiene sentido, genera una sensación, un gusto por el sólo acto de mirar. Y no importan, entonces, las razones de por qué desde hace 59,619

años la tierra no está tan cerca del planeta rojo, o si es 85 veces más brillante que cuatro meses atrás, ni tampoco se buscan las causas por las cuales la Luna no es de queso, puesto que simple y llanamente se le contempla, románticamente, con alguien al lado. Tal vez con esa muchacha que tanto sentido genera. Pues bien, el sentido de esas contemplaciones radica en la contemplación misma, en el percatarse de asuntos que a la sociedad y su cultura le han resultado de alguna manera relevantes y significativos.

Aquí se vale una parada conceptual, para que los analistas del discurso no se encrespen: si bien es cierto que distintos autores refieren al sentido por un lado y al significado por otro, en términos de la vida cotidiana ambos confluyen en una sola entidad, que es la que aquí se recupera, para entender cómo es que el sentido de la actividad política orienta la actividad de la gente. Para ilustrar lo anterior puede tomarse como ejemplo a los ciudadanos rusos, pues tienen otras dos palabras para referirse al concepto «sentido». La primera es *znanachenie* («significación, significado»), y la segunda *napravlenie* («dirección») (Ferro, 1996). Sentido, significado y dirección vienen a ser aquí prácticamente lo mismo; o al menos una sola entidad.

Un psicólogo olvidado, Hadley Cantril, alguna vez argumentó que «El entorno de todo individuo le es significativo, en mayor o menor medida» (1941, pp. 97), y eso es permisible de cierta manera en la experiencia cotidiana, que parece estar organizada, «dotada de sentido y, hasta cierto punto, estructurada». Así, pues, ocurre que en la cotidianeidad «percibimos formas, ritmos, colores, velocidades, sonidos a los que comúnmente somos capaces de atribuir un cierto sentido» (p. 99) lo cual, baste aclarar, se extiende a otras arenas y a la vida misma.

Por otro lado, el deseo de encontrarle sentido a la realidad, expresa Cantril, radica en que en múltiples situaciones de la vida cotidiana hay una especie de incapacidad para brindarle interpretaciones y dotar de claridad a ciertas problemáticas, lo cual en ocasiones se debe a que la propia «configuración» de la situación «no tiene sentido o porque los propios patrones de juicio y esquemas de referencia no

son capaces de facilitar su comprensión inmediata» (pp. 105-106). Entonces, podemos proponer que la incomodidad, la insatisfacción, la molestia, entre otras cuestiones, derivan del hecho de no hacer inteligible y no dotar de sentido a ciertos eventos, y sólo la comprensión, el sentido de la acción generado, permite aminorar tales incomodidades y resolver las tensiones derivadas. Puede señalarse que en la gente el deseo de encontrar o dar sentido a lo que se vivencia es un «deseo que en ocasiones se experimenta como una de las más fuertes exigencias» (p. 106).

Y una vez que se encuentra y se incrusta en la gente, es difícil desalojarlo, porque se arraiga, y el sólo sentido de las cosas puede más que los discursos, las balas, los tanques o las invasiones. Por eso es que Szpilman, el pianista de Varsovia, cual si se tratara de un asunto de memoria y de sentido, advertía que, ante la eminente invasión nazi a su ciudad, algunos permanecieron ahí por la pertenencia: «la pura realidad es que decidimos quedarnos por nuestro cariño a Varsovia, aunque tampoco habríamos sido capaces de darle a eso una explicación lógica» (1946, p. 49). Este hecho es comprensible porque, como ya se dijo, el sentido no es una cuestión de lógica racional; sino de sensaciones, sentimientos, constataciones que se edifican en la vida cotidiana. Esto es a lo que Bruner (1990) denomina psicología cultural, esa psicología que se ocupa de cómo se construyen los significados de los acontecimientos y de la realidad; lo cual se hace, como diría Mead, mediante las interacciones y, en consecuencia, puede partirse de un presupuesto: la relación de las personas con sus grupos y su entorno tiene que atravesar por una línea de sentido (Cantril, 1941; Bruner, 1990; 1997). De ahí que cuando se presenta algún problema, se trate de encontrar una explicación, una interpretación, una solución que tenga sentido. Pues lo que ya tiene sentido no requiere explicación: esa ya se encuentra implícita en los propios eventos (Bruner, 1990).

Ahora bien, el sentido de los acontecimientos puede ser uno o varios, pero siempre tiene uno primero, el originario, que se puede

encontrar. Un ejemplo es el de las palabras, cuyo sentido subyace en sus etimologías, las cuales pueden ser vistas como su memoria. Misma que en ocasiones es necesario rastrear para saber qué se quería decir cuando se enunciaba «ciudad» o «política» (algo que aquí se intenta retomar), o participación, que refiere a compartir o avisar (pero que se ha omitido) y es lo que aquí se está haciendo; o, asimismo, el sentido originario de sucio que anuncia «humedad», o el de teoría que remite a la «contemplación» (Gómez de Silva, 1985). Asuntos, todos ellos, que se han olvidado, pues ese sentido originario se ha desgastado, se les ha quitado su significado prístino, el cual, en ocasiones, es menester recuperar.

Pero así como las cosas o los acontecimientos tienen un momento primero, su sentido original, tienen, del mismo modo, su sentido final, no la causa teleológica de la filosofía aristotélica, sino la dirección hacia la que se dirigen los eventos: su fin. Baudrillard (2000, pp. 60-61) lo expresa en los siguientes términos: «El final es también el fin, la finalidad de algo, lo que le da un sentido. Y cuando nos hallamos en procesos que se desarrollan a través de una reacción en cadena, que se hacen exponenciales, más allá de cierta masa crítica, dejan de tener finalidad y sentido».

Como puede advertirse, el sentido tiene un origen y una finalidad, pero también es una producción, y esa producción es cultural. Esto, en tanto que se le ponen o se le quitan ciertos elementos. Un ejemplo de lo anterior puede ser la importancia o insignificancia que para una determinada comunidad representan las coladeras que se tapan y provocan inundaciones. Tal importancia o insignificancia puede ser concebida como un proceso de construcción, algo así como una edificación. Además, cabe señalar que dicha construcción suele adquirir sentido con respecto a algo, por ejemplo, la bondad con respecto a la maldad: el carcelero es malo con respecto al prisionero. Asimismo, es relacional e intersubjetivo porque ese proceso de construcción no puede darse por fuera de los intercambios simbólicos y las relaciones sociales; es, como con los griegos, un asunto público;

lejos de las privacidades sumadas, porque compete e incumbe a la colectividad, a la comunidad. Por tanto, dicho proceso se encuentra mediado por símbolos con los que se construyen el sentido y los significados, como ocurre con el lenguaje (Fernández Christlieb, 1998). En suma, el sentido es una producción de la sociedad, es un acuerdo de cómo ir designando lo que se denomina realidad. Es ponerse de acuerdo para ver qué ha de aceptarse como de izquierda y de derecha, como significativo o sinsentido. Y cabe mencionar que tal proceso puede hacerse a la vieja usanza de la conversación, esa que en el siglo XIX posibilitó la emergencia de los públicos y sus producciones; que Gabriel Tarde (1901) acertadamente denominó opiniones. Esas sobre las que se armaban los periódicos y se discutía y que le conferían sentido las reuniones, porque lo que se expresaba ahí era el sustrato de lo que aparecía después en los rotativos, y que más adelante se leía en voz alta, y vuelta a empezar. Era eso, precisamente, el sentido que permitía y permite el entendimiento entre la gente en la vida cotidiana, y que nos evita preguntar constantemente qué es lo que se ha querido decir cuando se dice que «hay Luna llena» o que «van a protestar los globalifóbicos». Sobre esto último, baste recordar que la acuñación que hiciera famosa el expresidente de México, Ernesto Zedillo, es, a la fecha, un acuerdo: designa, *grosso modo*, a aquellas agrupaciones que se oponen a la globalización de la pobreza. Y por eso es que el *subcomandante Marcos* puede hablar, (y se le entiende), de dos globalizaciones: la de los de arriba –del poder– y la de los de abajo –de la resistencia–.

Como puede advertirse, estos sentidos se van generando en el intercambio discursivo, y consumen tiempo, esfuerzo y una dosis de espacio, al menos para expresarlas. Por eso es que Pablo Fernández Christlieb (1998) observa que «la realidad es el significado» y que esa se determina convencionalmente: es un convenio de las comunidades; y así se acuerda qué es realidad, que es lo objetivo y que es arte, ciencia, charlatanería o psicología política¹. Aquí intentamos ponernos de acuerdo sobre la polisemia de la disciplina.

A todo esto, y en conjunto, Maffesoli (1988) lo denomina *paradigma estético*, porque estética alude a sentir, y cuando hay sentido de las cosas es eso precisamente lo que se experimenta. Además el autor de *El tiempo de las tribus*, argumenta que se experimenta y se siente en común. Y es seguramente eso, a lo que aludía Lewin cuando hablaba de «atmósfera social». Esto es, que las personas son afectadas en su pensar y sentir por el sólo hecho de estar en contacto con el estilo de pensar o actuar de una determinada colectividad.

En tal circunstancia, habrá que hacerle caso a Nietzsche cuando esgrime: «es mejor cualquier sentido que ninguno»², porque de esa manera la realidad o la psicología política adquieren importancia. Se sienten y entonces se puede trabajar con ellas. De lo contrario, el desinterés conduce a la carencia de producción, de intercambios y de edificaciones. Se paraliza, y es entonces que se desvanecen los puntos de vista. Razón por la que, quizá, Max Weber advirtió: «lo posible no sería alcanzado si en el mundo no volviera a intentarse siempre lo imposible».

Y lo imposible en muchos casos está en la cotidianidad, en los actos que carecen de significado. Es a eso a lo que hacía referencia Bruner cuando se interrogaba: «¿Qué se gana, de hecho, y qué se pierde, cuando los seres humanos dan sentido al mundo contando historias sobre el mismo usando el modo narrativo de construir la realidad?»³ (1997, p. 149). Qué se pierde: el sentido; qué se gana: también el sentido. En efecto, porque éste pasa por el lenguaje, se construye comunicativamente, con conversaciones, con escrituras y lecturas, con discursos y argumentos, con narraciones, relatos e historias: es en ese espacio donde se «arman» y «radican» los significados de las cosas, de los conceptos, de los sentimientos, de la ciencia y la vida, de la participación y de la protesta. Esto es, el significado no está por fuera del discurso y las prácticas sociales, es ahí justamente donde adquieren su realidad. Por eso, lo mismo que se dice para el amor, que siempre es una historia que se cuenta, aplica para la incursión en la actividad política: puesto que siempre se termina por con-

tar una historia de cómo alguien se inició en la participación política. Y ello cobra sentido, sobre todo a la luz de lo que expresan Hayden White y Paul Ricoeur, quienes hábilmente han dicho: los relatos, las historias que se narran son una «puesta en intriga» que están cargadas de teorías, de concepciones filosóficas implícitas que se expresan, asimismo, mediante modelos narrativos y temporales que condicionan su estructura y su sentido⁴.

4. Su proceso: la politización

El proceso mediante el cual se dota de sentido, esto es, se le otorga un significado a una cosa o acontecimiento, se desarrolla en el ámbito de la intersubjetividad cotidiana y las interacciones, que no es otro que el de las relaciones de la vida diaria. Las cuales permiten hacer inteligible el mundo, y que Fernández Christlieb (1987) denomina *politización*. La politización es el proceso mediante el cual lo que es incomprendido, incommunicable, privado y sin sentido, se vuelve comprensible, comunicable, público y con sentido; y ello en virtud de que ciertas situaciones o experiencias que carecían de comprensión, eran inenarrables y quedaban como meras sensaciones y sin razón alguna, adquieren el sentido a la luz de la comprensión, se vuelven narrables y ello se despliega en el ámbito público. Así pues, la politización faculta que se dote de significados a situaciones antes extrañas, y por eso es que eventos que antes se encontraban en las arenas del sinsentido adquieren sentido. La cultura cotidiana potencia ese mecanismo, pues es en el andar diario, y en las relaciones con los semejantes que la existencia tiene sentido; es ahí donde éste se forma.

5. Su vanalización: la ideologización

Si por medio de la politización se le encuentra sentido a las cosas, términos, experiencias y acontecimientos de la vida cotidiana, ese

proceso psicopolítico da cuenta, también, del involucramiento de la gente en asuntos de orden público. Pero su antítesis, la ideologización permite, a su vez, entender su desinterés.

El por qué la gente decide no participar, no sólo en los procesos electorales, (por ejemplo en las elecciones locales o federales), es porque le han quitado, (arrebatado), el sentido a los procesos electorales. Porque de tantos discursos contruados en torno del término elecciones, este se satura y ya no le genera sentido a quien escucha tanta perorata. Ese proceso, que es la contraparte de la politización, se denomina *ideologización*, y es lo que Fernández Christlieb (1987) describe como el acto de ir arrinconando lo antes público en el mundo privado. Volver incomunicable lo que antes era comunicable, inenarrable lo que era narrable, e incomprensible lo que antes era comprensible. Es una especie de destrucción o de matanza de lo que antes resultaba significativo. Y es que, en efecto, exterminar, literalmente significa quitarle a algo su finalidad, su intención, su sentido (Baudrillard, 2000, p. 67). Es eso justamente lo que hacen los políticos profesionales: le quitan el sentido a su actividad porque se dedican menos a hacer lo que les corresponde y más a otras cosas, (a saquear por ejemplo). Por eso es que a Carlos Salinas la gente lo recuerda por su corrupción, y a él y a Ernesto Zedillo se les rememora por la crisis económica de 1994, pero también se intuye el poder e influencia que Salinas aún mantiene en México (Proceso, 2003, pp.18-20).

La actividad de la clase política llega a tal extremo que hay quienes la han equiparado con la comicidad y la publicidad, y entonces la presidencia del país se vive y expresa como si de un programa de televisión se tratara. Entonces puede verse a un presidente haciendo chistes y pretendiendo ser gracioso. La consecuencia es que a la institución presidencial ahora se la mira cual si fuera eso, un chiste. Y entonces el sentido de la actividad política se desplaza del centro de atención e incumbencia de muchos, a la profesión de algunos, corruptos y graciosos; y su verosimilitud se desgasta, se diluye: por eso la gente ya

no cree en ellos. La clase política extermina el sentido de la participación política institucional, de ahí que la sociedad no vote y llegue hasta un 60% el índice de abstencionismo en nuestro país.

6. Su consecuencia: la indiferencia

En los actuales tiempos de desgaste de sentido, la indiferencia tiende a crecer. Incrédulamente los analistas políticos pronosticaban que el abstencionismo en las elecciones de 2003 sería de alrededor del 40%, y no fue así, no le atinaron. Pero lo que sí puede saberse con certeza es que la política institucional y profesional se despliega menos en lo real y más en el terreno del espectáculo, de la «representación falsa», como la llama Lipovetsky (1983). Lo cual sabe bien el Partido Acción Nacional y su líder máximo (y actor del teatro de la presidencia de México), Vicente Fox, quien asume que aún se encuentra en campaña y no hay que gobernar. Por lo tanto, y como la función tiene que seguir, se mantiene en los medios electrónicos que, en la sociedad del espectáculo, son de especial importancia: en tal circunstancia «la política se ve obligada a adoptar el estilo de la animación» (p. 39). De ahí que los promocionales de los candidatos políticos a algún puesto cada vez se asemejen más a las comedias televisivas, y los actores sean un puntal en sus listas de aspirantes para allegarse votos, lo cual, por cierto, ha sido poco eficaz. La gente aún distingue entre actores y figuras políticas⁵. Dicho lo anterior, si se quiere entender, o más bien comprender, por qué la gente y en especial los jóvenes en la actualidad actúan como lo hacen, no basta con saber qué es lo que han aprendido y cuáles han sido sus actuaciones anteriores, hay que buscar, asimismo, qué habrían descuidado (Bodei, 1998)⁶.

Irónicamente, dice Lipovetsky que la sensibilidad política ha sido sustituida por la sensibilidad terapéutica; se asiste más al psicólogo que a las urnas. Y tiene razón, sólo que en nuestro caso la población prefiere ver Big Brother y La Academia que escuchar el informe del

presidente. Puesto que, ante este último, y sus estrategias, la gente responde con un vacío que, hay que señalar, no se manifiesta para otras acciones. Frente a eventos como la reunión de la Organización Mundial del Comercio (OMC) sí se protesta, y es que «la indiferencia pura no significa indiferencia a la democracia, significa abandono emocional de los grandes referentes ideológicos, apatía en las consultas electorales, vanalización espectacular de lo político, transformación de la política en 'ambiente' pero dentro del campo de la democracia» (Lipovetsky, 1983, p. 130). En efecto, la indiferencia se acompaña de otras actitudes, y así, aunque no se vote o no se le crea a los partidos y sus fraudes, se exige el respeto del voto y se condenan los fraudes, y aunque no se lean periódicos y a más de un periodista no se les crea, se está de acuerdo con la libertad de expresión. Y no hay, pues, abandono total, sólo parcial. Eso es sentido.

Así como también por ese sentido es que el pintor Francisco Toledo se opone a que la federación le entregue el ex-Palacio del Arzobispado al clero, y arguya que se trata de un desafío a la sociedad civil y una violación a la Constitución. Pero incluso donde no hay violación a la Constitución, y sí sentido para que este personaje proteste, es en su oposición a que se construya un Mc Donald's en el zócalo de Oaxaca. Cabe apuntar que en ese caso, el sentido de la tradición y la cultura le ha ganado, varias veces ya, a la insensibilidad y torpeza mercantilista (García, 2003).

7. Posibilidades de reconstrucción

Las creencias y las opiniones, el sentido de éstas, más que los comportamientos, son los que delinear a los movimientos sociales, al menos psicosocialmente hablando. «Todos deberían saber que los movimientos sociales regresan cuando los tiempos andan dislocados», asegura Cantril (1941), lo cual, por cierto, no es una labor del historiador, aunque se recurra al recuento histórico. Y es que, en efecto, los malos tiempos, los momentos apretados, las crisis, por

ilustrar, obligan a la gente a recurrir a sitios e instancias que les brinden algo de seguridad, un sentido a su existencia, y lo mismo puede ser algún movimiento contestatario, que la religión, lugar este último de refugio de los sinsentidos. Marx, renglones debajo de la famosa cita: «la religión es el opio de los pueblos», ya lo había dicho, pero por ser una reflexión poco condenatoria y más comprensiva, prácticamente nadie le puso atención, la ortodoxia no lo permitió, por ello hay que volver a decirlo: «la religión es el sentido en un mundo sin sentido». Cantril exponía la misma reflexión a su manera: «En tiempos de tensión social no es raro enterarse de un aumento colosal en las ventas de libros populares que abogan por un retorno a la religión o a los buenos tiempos pasados»⁷ (1941, p. 118).

Pues bien, esa crisis que alude a un momento decisivo, al momento en el que algo ha de suceder, es lo que a su vez permite que nuevos sentidos se generen. Tan sólo es cuestión de otorgárselos; la raíz etimológica así lo indica: «yo decido», y la decisión bien puede ser dotarle de eso que carece. Aunque hay quienes no lo hacen, y transitan más bien por el vacío y el sinsentido de las drogas, no el opio del que hablaba Marx, sino las de los narcotraficantes, quienes ahora, envían a estudiantes a universidades privadas para formarse y que después se conviertan en sus operadores financieros y abogados; y lo mismo usan niños de escasos seis años para ocultar estupefacientes, para que invadan alrededor del 60% de las escuelas del país con vendedores de droga en sus alrededores (Castillo, 2003). No obstante, no es el sentido lo que opera ahí, sino el poder, la soberbia mal estilizada. El embotamiento es su caudal.

Así pues, en esta reconstrucción existe lo que Cantril denomina situaciones críticas, que se presentan cuando las personas o las colectividades se encuentran «ante un entorno caótico externo que se siente incapaz de interpretar y que, por otra parte, necesita interpretar» (1941, p. 111). Y en tanto más directamente se sienta involucrada o afectada la gente, más crítica será la situación, lo cual, paradójicamente, puede conducir a la creación del sentido y a la acción. Esto

ocurre porque la gente tiene necesidad de explicarse la realidad, de relacionarse con otras personas y, asimismo, de encontrarle sentido a su entorno. Las crisis y los tiempos críticos son un estruendo en esa línea: generan vacío y eso hay que cubrirlo, llenarlo de alguna manera. Eso se logra otorgándole un sentido a las cosas que ya no las tienen, la familia, la escuela, los vecinos, la protesta. Quien dote de tal sentido a los eventos y haga partícipe a la gente, integrará a sus manifestaciones, filas o reclamos a esos que antes no le encontraban justificación a ciertos acontecimientos. Eso es lo que hizo exactamente en sus inicios el EZLN: dotó de sentido, de un nuevo significado a una actividad muy desprestigiada. Pero le ha costado mantener ese sentido, de tal suerte que se corre el riesgo de que termine haciendo lo que los institutos políticos han hecho: desgastar el sentido de su actividad. Quizá por eso se entienda el hecho de sus pocas apariciones y lo poco que, de vez en vez, hablan. Para no arrebatarle el sentido a sus actos.

Pero para ello hace falta la creación y recreación de significados: se debe estar consciente de ello. Eso es lo que puede advertirse en distintas expresiones: dentro del esquema de la generación de sentido y comprensibilidad en determinadas situaciones, la utilización de símbolos y consignas cumplen bien su función: el sentido convoca, de tal suerte que símbolos como banderas, insignias o caricaturas, por ejemplo del enemigo, «están mucho más cargadas de sentido» (Cantril, 1941, p. 117) que todo un discurso político, y eso sucede especialmente porque tales símbolos atraviesan más por la afectividad que por la razón, que es a lo que aluden los programas y las ideologías, pero más cargadas. Las consignas y símbolos que tienden a llamar y en ocasiones a cohesionar a comunidades enteras, en múltiples casos son producto de las mismas comunidades. Mismas que un grupo específico que intenta dirigir, o un líder, recogen para su expresión más acabada, de ahí que tengan el éxito que han mostrado durante tanto tiempo. En consecuencia, si una consigna o símbolo no tiene arraigo, si no surgen de un determinado contexto social y regresan ahí,

por más propaganda que se le despliegue no logrará legitimarse. Eso es politización y endosamiento de sentido (Fernández Christlieb, 1987).

Por otro lado, el sentido debe adquirir un carácter concreto, antes que abstracto, porque es a entidades empíricas y concretas que las acciones y las emociones se dirigen. Así, el odio o la adversidad se manifiesta más hacia el capitalista que al capital; detestar a la globalización cobra más fuerza si se encuentra a los guardianes de este orden; la adhesión hacia el zapatismo es menos que la simpatía hacia el *subcomandante Marcos*. Por eso se ha dicho: «es más fácil reflexionar o fijar la atención sobre personas y objetos concretos que sobre las causas más generales y complejas de la insatisfacción» (Cantril, p. 117).

8. Conclusión: una salida

Hace más de 60 años Cantril (1941) se interrogó sobre qué es lo que lleva a las personas a participar en un cierto espacio, en una concentración, por qué cree en un dirigente; en suma, «qué es lo que espera cuando se deja arrebatar por una causa» (p. 10). Y caía en la cuenta del sentido. El sentido de la vida, de las cosas, de los acontecimientos, cómo la participación política tiene que ver más con compartir y construir que con imponer, y esto último es justamente lo que la clase política hace. El sentido se ancla más en la vida que en el simulacro, y los políticos se declaran «muertos». El sentido puede más con la realidad que con la virtualidad, y los políticos se han vuelto estrellas del espectáculo y hasta incursionan en el cine (Salgado Macedonio aparte)⁸. En síntesis, el sentido es más significación, interés y emoción que vanalización, abandono e indiferencia, y es menos utilidad, asunto que en estos tiempos insisten en mostrarnos y vendernos, de ahí que se convoque al denominado «voto útil» o a quitarle el freno al cambio. Eso no tiene sentido.

Quizá habrá que voltear la mirada al origen del término «sentido», que remite a «sentir». Y si en estos tiempos revueltos, «patas

arriba» dice Eduardo Galeano, algo nos puede ayudar es la herencia de un ser sensible, que en carta de despedida a sus hijos les convocó a «sentir en lo más profundo cualquier injusticia cometida contra cualquiera en cualquier parte del mundo», que es exactamente lo mismo que quiso decir Nietzsche cuando advirtió: «lo que realmente rebela contra el dolor no es el dolor en sí, sino el sin sentido del dolor». Dolores que permanecen, como el de los sueños truncados, como ese que en Chile hace 30 años fue ahogado, asesinado, junto con sus participantes. El llamado en todo caso, consiste en no dejarse arrebatar por el sinsentido, ese del que se queja Joaquín Sabina cuando tararea: «y la vida siguió, como siguen las cosas que no tienen mucho sentido...», y que hábilmente expresa el rupestre mexicano Rockdrigo González cuando oscuramente se lamenta: «si volviera el amor, si tuviera un hermano, un amigo, un sueño en la mano, moriría ese dolor, de buscar el calor en el cruel laberinto de este vaso de alcohol, de estas calles sin sol».

El sinsentido no puede hacernos presas, y así los anhelos no se van.

Bibliografía

- Aristóteles (1963/2000). *Política*. México: UNAM.
- Aristóteles (2001). *Ética*. Madrid: Edimat Libros.
- Augé, Marc (1992/2000). *Los No Lugares: Espacios del Anonimato*. Barcelona: Gedisa.
- Baudrillard, Jean (2000/2002). *Contraseñas*. Barcelona: Anagrama.
- Billig, Michael (1986). *Thinking and Arguing*. Conferencia inaugural pronunciada en la Loughborough University of Technology.
- Bodei, Remo (1998). *Libro de la Memoria y de la Esperanza*. Buenos Aires: Losada.
- Boffil, Luis (2003). «Un yucateco impone marca de ingresos a la cárcel: 63 en 58 años», *La Jornada*, Abril 19, p. 25.

- Bruner, Jerome (1990/2000). *Actos de Significado: Más Allá de la Revolución Cognitiva*. Madrid: Alianza.
- (1997). *La Educación Puerta de la Cultura*. Madrid: Visor.
- Buendía, Jorge (2003). «Encuesta: Los mexicanos juzgan: Salinas, villano; Zedillo, el mejor», *Proceso*, Agosto 24, pp. 18-20.
- Cantril, Hadley (1941/1969). *Psicología de los Movimientos Sociales*. Madrid: Euroamérica.
- Castillo, Gustavo (2003). «Narcotraficantes becan a estudiantes para convertirlos en sus operadores financieros», *La Jornada*, Abril 20, p. 15.
- D'Adamo, Orlando; García, Virginia y Montero, Maritza (comps.) (1995). *Psicología de la Acción Política*. Buenos Aires: Paidós.
- Fernández Christlieb, Pablo (1987). «Consideraciones teórico-metodológicas de la psicología política», en: Montero, Maritza (comp.), *Psicología Política Latinoamericana*. Caracas: Panapo.
- (1995). «Crisis número 1995: Lo urgente contra lo importante», en: Reynaud, Beatriz y Sánchez, Juan (1996) (comps.) *Psicología y Problemática Social*, pp. 29-36. México: Facultad de Psicología, UNAM.
- (1998). «Psicología social del significado», en: *La Psicología Social en México*, vol. vii. Asociación Mexicana de Psicología Social.
- Ferro, Marc (1996/1997). «Cómo se enseña hoy día la historia», en: Gortari, Hira de y Zermelo, Guillermo (ed.) *Historiografía Francesa: Corrientes Temáticas y Metodologías Recientes*, pp. 159-165. México: UNAM.
- García, Arturo (2003). «Toledo se opone a la cesión del ex Palacio del Arzobispado al clero», *La Jornada*, Abril 26, p. 2
- Gómez de Silva, Guido (1985). *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Española*. México: Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México.
- González, Rodrigo (s/f). «Distante Instante», *Hurbanistorias*. México: Pentagrama.

- Gutiérrez, Berta (1998). *La Ciencia Empieza en la Palabra*. Barcelona: Península.
- Lipoversky, Gilles (1983/2000). *La Era del Vacto: Ensayos sobre el Individualismo Contemporáneo*. Barcelona: Anagrama.
- Maffesoli, Michel (1988/1990). *El Tiempo de las Tribus*. Barcelona: Icaria.
- Montero, Maritza (1995). «Modos alternativos de acción política», en: D'Adamo, Orlando; García, Virginia y Montero, Maritza (comps.) *Psicología de la Acción Política*, pp. 91-109. Buenos Aires: Paidós.
- Platón (2000). *La República*. Madrid: Edimat Libros.
- Proceso (2003). No. 1399, Agosto 24.
- Reuters (2003). «Las Dixie Chicks se desnudan, tras las críticas por su oposición a la guerra», *La Jornada*, Abril 25, p. 9
- Sabina, Joaquín (2000). «Donde habita el olvido», *Nos Sobran los Motivos*. Madrid: BMG.
- Szpilman, Wladyslaw (1946/1998). *El Pianista del Gueto de Varsovia*. Madrid: Turpial Amaranto.
- Steiner, George (1971/2001). *En el Castillo de Barba Azul: Aproximaciones a un Nuevo Concepto de Cultura*. Barcelona: Gedisa.
- Tarde, Gabriel (1901/1986). *La Opinión y la Multitud*. Madrid: Taurus.
- Tarrow, Sydney (1997). *El Poder en Movimiento: Los Movimientos Sociales, la Acción Colectiva y la Política*. Madrid: Alianza.

Noras

¹En el mundo científico, literario y artístico ocurre también que se encuentra un sentido a lo que se propone, donde se combina lo nuevo con lo viejo. Cantril (1941) refiere lo que expresa Kenneth Burk: «el psicoanálisis realiza sus curaciones proporcionando una nueva perspectiva que disuelve el sistema de devociones que está en la base de los remordimientos y perplejidades del paciente».

Es una racionalización impía que ofrece una terminología nueva para reemplazar a la terminología penosa de las investigaciones de las motivaciones, que antes tenía el paciente. Esta terminología científica es incomparable del todo con la naturaleza anticientífica de la perturbación. Acercándose al altar de la infelicidad del paciente con deliberada irreverencia; al elegir un vocabulario que trata de violar directamente los mandatos del estilo y el tabú, se consigue cambiar por completo la naturaleza de aquellos problemas, replanteándolos en una forma tal que admita solución» (citado en p. 116).

² Paradójicamente el sinsentido puede explicar por qué las tres integrantes de la banda de música country, las Dixie Chicks se desnudaron y protestaron por la censura que sufrieron por parte de distintas radioemisoras en los Estados Unidos después de criticar la guerra que desplegó su gobierno contra Irak (Reuters, 2003).

³ Desde el punto de vista científicista, la narrativa no es el material con el que se edifica el conocimiento, por lo que es relegada o traducida a proposiciones comprobables. No obstante, el discurso científicista adolece, al momento de dar cuenta de los hechos, de una cuestión, a saber, del sentido que la gente le otorga a sus actos y sus experiencias. El sentido se encuentra en la experiencia misma o en la narración que sobre la realidad se construye. Y el relato permite acceder a tales sentidos. Asimismo, *«los relatos necesitan una idea sobre las situaciones humanas de interacción, presupuestos sobre si los protagonistas se entienden entre sí, preconcepciones sobre criterios normativos. Son cuestiones de este tipo las que nos permiten llegar con éxito de lo que alguien dijo a lo que quería decir, de lo que parece ser el caso a lo que es 'en realidad'»* (Bruner, 1997, p. 149).

⁴ Las acciones tienen razones. Lo que hace la gente en sus narraciones se encuentra motivado por creencias, deseos, ideas, valores, por estados intencionales. No obstante tales estados intencionales no determinan del todo el curso de los sucesos narrados. Debido a que tales estados no *«causan»* cosas: *«lo que se busca en la narración son los estados intencionales que hay 'detrás' de las acciones: la narración busca razones, no causas»* (Bruner, 1997, p. 156).

⁵ La indiferencia, en consecuencia, es síntoma de los actuales tiempos, y son relaciones provocadas. Se cree que se asiste a un mundo de tolerancia, pero en realidad hay un vacío llenado por la indiferencia, y entonces sí, pueden cohabitar sin excluirse lo operativo con lo esotérico, lo viejo con lo nuevo, lo extraño con lo conocido *«en un tiempo desvitalizado sin referencia estable, sin coordenada mayor»* (Lipovetsky, 1983, p. 41).

⁶ Quizá sea el mismo sentido el que lleva a delinquir a un yucateco que rompe marcas de ingreso a la cárcel con 63 en 58 años, aunque racionalmente él acuse a los policías de «querer hacerlo su cliente» (Boffil, 2003, p. 25).

⁷ *El acelerar de la historia*. El etnólogo Marc Augé se queja de que tanto acelerar provoca que los acontecimientos envejezcan, que el presente se vuelva rápidamente pasado; así, se creyó que la Primera Guerra Mundial, era la Gran Guerra, y que después de ella no habría más nada, al menos en cuanto a ese tipo de acontecimientos; pero han arribado otros sucesos que han relegado a la Gran Guerra, como la Segunda Guerra Mundial, Vietnam, el 68 mundial, pero tales sucesos, como otros tantos que han llegado, se «vuelven historia» tan pronto como aparecen: la caída del muro de Berlín, la Guerra del Golfo; ahora la invasión a Afganistán y a Irak, que pronto pasarán a la historia, o que ya han pasado. «La 'aceleración' de la historia corresponde de hecho a una multiplicación de acontecimientos generalmente no previstos... Es la superabundancia de acontecimientos lo que resulta un problema, y no tanto los horrores del siglo XX» (Augé, 1992, p. 34). La superabundancia de acontecimientos se presenta, en cierta medida, por la superabundancia de la información de que se dispone y por las interdependencias en medio de la denominada globalización o «sistema planetario», y en medio de todo eso, los sucesos que pasan, pasan muchos inadvertidos y muchos más sin significación alguna (ver también, Lipovetsky, 1983). «Lo que es nuevo no es que el mundo no tenga, o tenga poco, o menos sentido, sino que experimentamos explícita e intensamente la necesidad cotidiana de darle alguno. De dar sentido al mundo, no a tal pueblo o raza. Esta necesidad de dar un sentido al presente, si no al pasado, es el rescate de la superabundancia de acontecimientos que corresponde a una situación que podríamos llamar de 'sobremodernidad' para dar cuenta de su modalidad esencial: el exceso» (Augé, 1992, pp. 35-36). Tal saturación de eventos, imposibilita el pensamiento de los mismos, al menos de todos y a qué se debe tal abundancia, de ahí que «la demanda de sentido» que se experimenta por parte de distintos colectivos en la actualidad «puede explicar paradójicamente los fenómenos que son a veces interpretados como los signos de una crisis de sentido y, por ejemplo, las decepciones de todos los desencantados de la Tierra: desencantados del socialismo, desencantados del liberalismo y, muy pronto, desencantados del poscomunismo» (p. 37). Bien podría espetarse: «desencantados de todo el mundo untos».

⁸ No obstante aquí se vale distinguir a los artistas (arte) de los trabajadores del espectáculo. Acto seguido, hay que señalar que en las sociedades donde la represión y el autoritarismo son marcados, los artistas tienden a convertirse

en héroes, la obra de arte se convierte en la «quintaesencia de la proeza» (Steiner, 1971). Shelley lo dijo claramente: el poeta es el «*legislador no reconocido*» de la humanidad, y Víctor Hugo lo expresó en sus términos: el poeta es el mago, el nigromante divinamente dotado que actúa en la vanguardia del progreso humano (*ibid*). En ese tenor se mueve el reencantamiento de la sociedad, agregando a los poetas, a los filósofos y a los niños.

Los laberintos de la participación ciudadana

Manuel Gonzalez Navarro

*Para Yola Tello y Paco Saucedo
con mi cariño, estimación y aprecio.*

Presentación

En los últimos años, la psicología social se ha hecho diversas preguntas en torno a la participación ciudadana. Entre otras se encuentran las de ¿cómo se le define?, ¿cómo se desarrolla?, ¿cómo se ha expresado y vislumbra históricamente?, ¿qué procesos la anteceden?, y ¿cuáles son sus mecanismos de activación? Además, por los cambios sociales evidentes que vive nuestro país y el mundo en general, se pregunta ¿cuáles son los impactos de la modernidad y cómo reconocer sus aspectos?. De esta manera, nos interesamos en tratar de aclarar ¿cómo se puede definir desde la psicología social?, y ¿cuál es su articulación con otros fenómenos sociales? Para esto, es necesario definir ¿cuáles son las perspectivas, que para el futuro inmediato del mexicano y su sociedad, tiene la participación ciudadana? Este es el panorama que presentaremos en las siguientes líneas, y ésta la perspectiva disciplinaria que esbozaremos sobre el comportamiento ciudadano en movimiento.

1. Definiciones generales

La participación es un fenómeno social que permite entender cómo se organiza la sociedad. Se puede definir, de modo general, como to-

mar parte de algo o compartir alguna cosa, objeto o preocupación. Asimismo, como el ejercicio dinámico entre gobernantes y gobernados en una población determinada (Constantino, 2000). La acción que vincula las opiniones y expectativas ciudadanas con los asuntos públicos en muy diversas modalidades de actividad (Sabucedo, 1988) o bien, las actividades de los ciudadanos que se expresan a través de las políticas públicas. Además puede ser asumida como la acción de apoyo que lleva a cabo un grupo, o subgrupo, al insertarse en una estructura política¹ e influir en las decisiones que le competen a todos o a la mayoría de la población (Merino, 1997).

También se le puede definir a través de las diversas acciones voluntarias que buscan impactar en el sistema, régimen o forma de organización social y política (Maclosky, 1968) y de la acción colectiva que busca modificar la forma en que se resuelven los problemas de la colectividad²; pero también cómo se explican los problemas sociales³. Esta diversidad de puntos de vista es una prueba de la complejidad que puede tener el fenómeno que nos ocupa. En sentido general, la participación es una actividad esencialmente humana. No admite comparación con otras poblaciones y, en consecuencia, su explicación es un hecho histórico de la humanidad, que toma forma en una población, espacio y tiempo determinado, y con ellos, su propio análisis.

La manifestación de este fenómeno se ubica en torno a la lucha que llevan a cabo los grupos sociales por el reconocimiento de lo que consideran sus derechos, sean laborales, humanos, políticos, sociales, de género, sexuales, de minoría o simplemente por acceder a una comunidad u organización social, o bien, por reforzar su pertenencia. Cada uno de estos derechos posee una historia particular que le otorga sentido al ser social y a la dinámica de la sociedad en su conjunto. Así, en cualquier testimonio se narra una historia y una cronología de los acontecimientos de manera original, lo que permite que la sucesión de hechos sea interpretado por una determinada población, y que ésta mantenga su cohesión e identidad grupal. De esta

manera, el hecho social no es controvertible por su propia manifestación; sino por la interpretación de los hechos.

A la participación se le puede percibir y estudiar desde muy diversos ángulos; pero la base substancial desde la cual finca su preocupación, la ubicamos en la oportunidad de conocer y comprender los motivos y los estilos bajo las cuales los individuos, grupos o colectividades exploran su inclusión en las estructuras formales de la sociedad (Zimmerman, 1992).

Se reconocen múltiples modalidades bajo las cuales los ciudadanos se organizan. Entre ellas se encuentra desde la conjunción de distintas opiniones sobre un problema, evento o personaje controvertido, hasta la formación de estructuras y formas complejas de organización. Todas estas se estructuran y reconocen en el discurso. Del mismo modo, se define un componente originario que se expone a partir de la formulación y estilo de plantear las demandas sociales, o al decretar el mínimo común denominador de las opiniones de un grupo social, y fincar con ello una controversia.

También se presenta como una modalidad específica de conocer la información gubernamental a través de su solicitud, o bien, la recepción formal del informe de labores o la rendición de cuentas por un representante. Esta acción puede ser implementada por los propios representantes y las autoridades, aunque esta última tiene un carácter más formal y puede obedecer a procedimientos institucionales.

Por supuesto que la participación es una actividad intelectual que está presente y que busca adjudicarse la explicación sobre lo social, sea ésta de carácter histórico o de orden coyuntural. Tal es el caso de actividades colectivas como los rumores, de hechos controversiales que aparecen como sobrenaturales o los que pretenden aclarar un acontecimiento como un accidente, un atentado o lo que la sociedad considere que le concierne, esto siempre que se trate de construir una interpretación aceptable sobre el hecho que la sociedad demanda. Así, el estudio de este fenómeno se puede asumir desde cualquier pers-

pectiva disciplinaria. Sin embargo, es necesario precisar algunos aspectos generales que permitan enmarcar su análisis de manera más puntual.

2. Cómo se ha observado

Para comprender la lógica de la participación ciudadana es necesario integrar sus distintos elementos y facilitar una panorámica general del fenómeno.

a) Los espacios

El espacio de la participación ciudadana es, por excelencia, público. Su acción se materializa en la calle, la colonia, la plaza, el pueblo, los recintos legislativos y los sagrados, así como en las diversas modalidades del mercado. Esto sucede del mismo modo en aquellas extensiones que permiten la producción de opinión pública y que promueven el intercambio de signos y símbolos; los cuales se obtienen como resultado de la tendencia o vocación de cada grupo. De este modo, la confrontación de intereses y expectativas de cada grupo, se verifica en un espacio que adquiere un significado patrimonial, identitario y referencial para cada quien.

Estos sitios no son únicamente el lugar de expresión o confrontación. En ellos se busca reconocer y consolidar la identidad del grupo a través de la respuesta satisfactoria a la demanda planteada. La acción del grupo insiste en crear referencia y en asociarla a los espacios, territorios o enclaves como un signo de pertenencia. El grupo y la acción emprendida marcan un signo y adjudican valores a los objetos presentes, con lo que crean símbolos que les son propios.

Las demandas ciudadanas no tienen otro signo sino el de definir y significar el tipo de calle, barrio, colonia, pueblo o unidad territorial en la que se habita. De tal suerte que «es necesario vivirlo, apropiarse, controlarlo, dado que le permiten su desarrollo históri-

co»⁴. Así, la demanda es un signo de identidad sobre el espacio en el que se realizan las prácticas sociales o el modo de vida particular.

b) Los actores

La constitución del actor social puede dividirse en tres grandes fases. La primera consiste en asumir la aventura y riesgo de expresar su punto de vista o demanda social frente a los interlocutores adecuados. Esto supone establecer una tensión o un conflicto. La siguiente involucra la firmeza y consistencia para apuntar que la demanda expresada es legítima y, por ende, resultado de una necesidad de integridad, de la defensa de la identidad o de una dinámica social perversa que se rechaza. Finalmente, dicha constitución se concreta por la articulación de la demanda originaria con otras que se presentan en el trayecto. En cualquiera de los casos, el actor social se define por «el reconocimiento de la existencia de las diferentes formas de conocimiento de la realidad social y política que cada uno de los sectores puede aportar» (Bolos, 1999, p. 19).

El conocimiento de experiencias diferentes le proporciona a la población un campo referencial que le permite a los grupos reproducir y adaptar elementos exitosos y expandir o reformular sus propios mecanismos; los cuales pretenden consolidar a su grupo. Como en otras acciones humanas, la comparación social lleva al ajuste de actividades en la organización, lo que implica invertir en algunos costes y hacerse más redituable. Además de lograr mayor eficiencia en la información que considera necesaria, e incrementar y desarrollar los conocimientos y las habilidades que requieren los voluntarios para desarrollar su actividad como grupo. En suma, este esfuerzo colectivo no es sólo de convencimiento, sino de formación de cuadros específicos.

Toda participación está necesariamente mediada por la gestión. Sea ésta por los representantes internos o por las autoridades encargadas de atender tal o cual problema. Los personajes que la llevan a cabo desde su interior, se presentan como líderes. Ellos representan.

al grupo (y muchas veces lo encarnan), lo cual les faculta a mediar, pero también a mediatizar las relaciones entre la demanda y la autoridad. Esta condición es consustancial al propio fenómeno. En el sentido externo, los gestores se presentan como la autoridad encargada de encaminar el problema por los canales institucionales, a partir de la práctica y ejercicio de la estructura legal y formal. En cualquiera de los casos, la demanda, el grupo y su estilo de acción, han creado referencia frente a otros.

c) Los problemas

Otra forma de observar la participación es a través de las prácticas ciudadanas que buscan resolver uno o más problemas específicos. La voluntad de realizar estas acciones encaminadas al logro de satisfactores, beneficios o nuevos derechos, conduce a definir un quehacer específico. Plantearse alcanzar un logro es ya una motivación suficiente; sin embargo, el grupo no puede percibirse a sí mismo, sino a partir de la caracterización elaborada y de la expresión que realice del problema. Desprendido de este mecanismo, la posibilidad de riesgo y la estimación del costo-beneficio de las acciones a emprender fijan al grupo un signo específico que los identifica. La acción emprendida manifiesta la aprehensión de un problema y la voluntad de solución a un problema que resulta acuciente para la sociedad.

Una forma inicial de ubicar la manifestación de un grupo es a partir de observar su efervescencia como: algo coyuntural; el deseo de movilidad social; o la contradicción de puntos de vista con la perspectiva dominante. También en la defensa de beneficios adquiridos o prestaciones logradas. Cualquiera de estas condiciones permiten construir una motivación suficiente para confrontar un punto de vista. Esto, por el estado de tensión que se provoca (Zermeño 1997).

Las maneras de reconocer estas formas diversas de expresión es analizando las acciones colectivas como la protesta, la manifestación,

la toma de algún espacio público, no pagar servicios públicos o la negociación directa con las autoridades. En cualquier caso, las formas convencionales y no convencionales de petición aparecen como una manera de presión ante la definición y presencia de un nuevo problema social.

Sin embargo, la potencia o empuje a la participación puede agotarse con la solución inmediata de la obra o servicio demandado. O bien, al ver cancelado el esfuerzo iniciado y no poder resolverlo en un lapso razonable, como se había planteado de manera originaria. Así, el grupo se puede disgregar, pero la especificidad del problema permanece y genera capacidad de congregación.

d) La dinámica social

Toda petición o exigencia a la autoridad modifica la dinámica de la vida cotidiana de los individuos y de sus relaciones personales y sociales. De esta condición surgen nuevas perspectivas colectivas e individuales; pero al mismo tiempo, tensiones y conflictos que se suscitan al interior y exterior de los grupos. De igual manera, esta situación alimenta procesos de cohesión grupal, de negociación, (interna y externa), y crea condiciones para la división de los grupos (Kenneth, 1997).

La dinámica al interior de un grupo u organización es inicialmente de relativa y sutil confrontación de versiones, justificaciones o interpretaciones de lo social. El resultado de alianzas o fusiones puede permitir la ventaja de un subgrupo sobre los otros, dependiendo del tema o problema a tratar, pero se establece, al final, el predominio de una sola versión. Esta decisión funciona como marco normativo para el conjunto total y permite constituir una dinámica reguladora y homogeneizadora de las versiones de la comunidad. Así, la dinámica de tensión inicial se estabiliza una vez que se formaliza el consenso interno o se depura el grupo. El resultado de esto es que se personifica al líder o líderes del grupo y se estructura un organigrama abierto para la toma de decisiones posteriores. También se forma una jerarquía en las modalidades de expresión.

De esta forma, el grupo emprende su participación a través de acciones específicas que realiza con la población organizada y frente al Estado⁵. En primer lugar busca que se reconozcan demandas planteadas como legítimas y que dicho reconocimiento se realice mediante los mecanismos que se considera pertinentes. De manera simultánea, las instancias del Estado buscan normar esta relación y formulan mecanismos como la entrevista, la consulta, la encuesta, etc. En caso positivo, se formalizan las acciones que conducen a las instancias a entablar relaciones institucionales para resolver la problemática planteada. Así, la comunicación y diálogo promovidos anteceden a la negociación formal como un intercambio de posiciones de la dinámica social.

Un segundo momento es la consecuencia en el avance de las negociaciones donde se pone en escena la política pública necesaria, o bien, su ajuste. Sea esto como una estrategia de gobierno o como resultado de la formación de comités o consejos paritarios, etc., con los representantes de los grupos. La comunicación entre las distintas instancias legitima la dinámica política y crea la condición para estabilizar la petición y canalizar la queja, petición o crítica.

Finalmente, la verificación de que las políticas públicas emprendidas están funcionando conforme su diseño permite mitigar un conjunto de presiones entre los actores involucrados. Así, los procesos sociales que se movilizan por la participación se dirigen a la construcción y consolidación del ciudadano. Pero éstos siempre deben poseer la voluntad y disposición ciudadana. Lo contrario puede ser interpretado sólo como presión social, control y sometimiento.

En las sociedades que se definen como democráticas, gran parte de las acciones encaminadas a resolver la demanda se reducen al ámbito electoral. El voto es una modalidad de diálogo político, la más elemental en la vida moderna. Para muchos, la más objetiva. Tal parece que la dinámica de la globalización tiende a definirla como el mecanismo por excelencia, bajo un concepto de civilidad, armonía, respeto y reconocimiento de pluralidad. Esto es falso en sentido es-

tricto, no obstante, la sociedad que no posea mecanismos electorales transparentes puede ser criticada por no reflejar la pluralidad que se expresa en la dinámica social.

e) Antecedentes y consecuencias

La formulación de una demanda ciudadana tiene múltiples consecuencias. Una de ellas radica en asumir un modelo de grupo que represente las alternativas que se proponen. A partir de él se adquieren nuevas amistades, compadrazgos, y se formula un cambio en la jerarquía de los valores personales y los del grupo. La idea de una pertenencia distinta está acompañada de nuevas relaciones interpersonales. En caso de que esto no se logre, se asoma la posibilidad de insatisfacción personal y colectiva. Lo anterior puede provocar efectos perversos, ideas irrealizables e incluso patologías potenciales que aparecerán en momentos críticos, ya que la sola manifestación de la demanda no trae consigo su satisfacción inmediata y una elevada expectativa que sea irrealizable puede despertarlos. Puede ser que el problema no se logre resolver en el corto plazo, ni en el mediano. Y puede ser, también, que éste pase de generación en generación, lo que traería consigo sentimientos de frustración y, a su vez, engendraría sentimientos de impotencia generalizada en las nuevas generaciones. Sin embargo, es muy difícil para los grupos dilucidar dónde termina la utopía y la esperanza movilizadora, y dónde comienza la quimera y el espejismo⁶.

Los movimientos conducidos hacia ideales que son de suyo irrealizables, o que en el fondo pueden ser asumidos así por el grupo, lesionan la voluntad de sus integrantes y, entonces, ellos mostrarán poca cooperación, imaginación y cohesión en las acciones a emprender. Es necesario que el ideal, como fuerza moral del grupo, se presente dentro de los principios de su realidad con un soporte material que imante. El investigador y el líder deben descubrir, cada uno en su lógica, que tan cercanos se sienten y se perciben los miembros del grupo respecto del objeto de su movilidad colectiva.

Los sistemas corporativos tienen más historia en nuestro país. De sus experiencias exitosas y de las frustradas sacan provecho. De ellos se han tomado modelos que se reproducen en todos los grupos sociales, incluyendo a sus opositores. Su funcionalidad operativa, centralismo, dirección, disciplina y el espacio de la autoridad, han generado formas de control y obediencia que presumen ser las fórmulas de la participación y voluntad ciudadana. Este aspecto está siempre presente y se muestra en diferentes interacciones entre los adversarios.

Por lo anterior, asumimos que la fundación de cualquier organización social tiene, como soporte principal, la caracterización puntual de un problema. Esto se realiza desde el ámbito de la cultura, de las creencias y de los usos y costumbres que los grupos asumen en la vida cotidiana a través de la familia, la religión y la educación. Igualmente que éstas se plasman en el juego, la negociación, el chiste, el *albur* y en las diversas modalidades de las relaciones interpersonales, las cuales, valga decirlo, son siempre un producto social.

f) Las alternativas sociales

La participación ciudadana no posee un solo factor de determinación. Aunque su discusión ha obedecido a la lógica con la cual se han construido las teorías sociales desde el siglo XVIII, esto es en la búsqueda de un factor determinante. En la actualidad, en la era de la mundialización de la información, el fenómeno se observa de manera más compleja. De hecho, la percepción de los ámbitos global, nacional y local, le otorga una dificultad para reconocer sus propios niveles de análisis, los procesos sociales, económicos y políticos, así como los diversos procesos psicosociales que intervienen.

Como acción específica de los ciudadanos, se busca un cambio en la institucionalidad; la cual considera agotada, no sólo por su sentido excluyente, sino por la poca representatividad que los grupos sociales dominantes tienen. La legitimidad de los gobiernos se percibe cada vez más cuestionada y esto propicia una mayor crítica,

diversidad de opiniones y una acción ciudadana con mayor voluntad para corregir e influir en las decisiones. De esta manera, la acción ciudadana se desprende también de la necesidad de mostrar que cada cual tiene algo que decir, que opinar, que satisfacer y algo que aportar; pero, también, algo que merecer. Así, la presencia, la palabra, la imagen o el estilo de actividad que se muestra a la sociedad, es la expresión de una necesidad acumulada, la de sentirse reconocida y expresada con una nueva identidad y saberse un nuevo actor social⁷.

g) La búsqueda de soluciones o su construcción

El ejercicio de la participación ciudadana tiene sus propios requisitos y desarrollos instrumentales. Los primeros radican en: la calidad de la información de la que se dispone; la difusión que se logra y las expectativas que despierta el discurso; los objetivos y el estilo asumido por los actores.

Las estrategias instrumentales se ubican en la dirección y afectividad que despierta el discurso, en la eficiencia de difusión de las acciones, en la eficacia para lograr un reconocimiento y acceder a un diálogo y negociación con las autoridades. Pero sobre todo, en la audacia para proponer alternativas a la población y a las autoridades lo que implica asumir los riesgos de poner la cara frente a la población para decir algo sobre sí mismos⁸.

Así, el anteponer soluciones a las que se asumen por la autoridad, representa, no sólo una lógica diferente, sino una alternativa de autoreconocimiento, de integración social y de saberse, sentirse y reconocerse a sí mismo como un ente útil, indispensable y provechoso en la formulación de la modernidad. Por lo anterior, la participación puede tener un comienzo ilusorio que se ubica en la formulación de la demanda; pero que, de manera circunstancial, se presenta de modo más maduro en la medida en que se expresa una posible solución, aunque ésta parezca irreal de inicio.

Siempre se busca crear y establecer una normatividad diferente. Crear formas alternativas de legitimidad que permitan insertarse,

incluirse o evitar la exclusión de la toma de decisiones. La participación tiene entonces múltiples rostros y una amplia diversidad de senderos con los cuales se puede explorar. Son muy diversos los laberintos por los cuales se puede transitar, por donde se puede observar y reconocer las similitudes y diferencias, fruto de la modernidad. Pero en todo esto es necesario reconocer al sujeto de la acción social, no sólo como un ente racional y lógico, sino también como un ser social pasional, resultado de procesos colectivos, históricos y circunstanciales.

3. Cómo se aprecia históricamente

Antecedentes

En nuestro país, la participación ciudadana es vista como resultado del corporativismo, del patrimonialismo y del clientelismo político. Así, la formación de una cultura política subordinada, sometida, ha sido la constante a través de muchos años, más allá de la revolución mexicana. De hecho, este movimiento social no logró transformar la cultura de la política; sino más bien acentuó las formas de dominación colonial, hispánica y prehispánica. La revolución mexicana fracasó en cuanto a la transformación de las funciones de la autoridad, de creación de ciudadanía y de participación política del mexicano. Esta deficiencia la hemos padecido durante varios siglos, pero en particular en todo el siglo XX, ya que el proyecto político de la revolución no contempló la autonomía, la autogestión y las iniciativas de la población. Por el contrario, fundamentó un Estado autoritario.

Esta caracterización dibuja las formas del ser y deber ser del mexicano, su forma de pensar y la lógica de las acciones ciudadanas, donde la demanda social de los grupos o poblaciones es una petición en el sentido de recibir concesiones a cambio de someter sus puntos de vista, acciones y juicios a la autoridad más elevada. La cual ha encarnado en el presidente de la república.

Hemos dicho que la revolución mexicana malogró el desarrollo cultural del mexicano. Aunque esta revolución trajo consigo avances

en cuanto a lineamientos laborales, de propiedad y de apertura en algunas esferas de la vida social. Sin embargo, en cuanto a las formas culturales y las democráticas, el partido en el poder (PNR-PRM-PRI), el presidencialismo y el corporativismo, secuestraron y concentraron el desarrollo humano, cultural y político de la población.

La revolución mexicana de 1910 fue una revolución capitalista que imprimió en las formas educativas el culto a la autoridad, el estilo personal de gobernar sexenal, los acuerdos de cúpula y las decisiones unipersonales centradas en el presidente. La única posibilidad de movilidad social consistía en adherirse política e ideológicamente al partido en el poder, a sus prácticas y a sus decisiones; y con ello, recibir el favor de las concesiones.

Durante casi todo el siglo pasado, el signo de lealtad era sinónimo de sumisión a la autoridad en turno. Las leyes fueron ornamentos adaptables y sólo aplicables a las oposiciones. El respeto por la ley fue siempre una farsa, dado que lo importante era la autoridad. Este signo ideológico es una constante que se repite en la fábrica, el sindicato, la iglesia, la escuela, la familia, etc. Así, la forma de la vida cultural y de dominación era la superioridad de la autoridad sobre la ley. Consideramos que este aspecto está presente en nuestra vida social contemporánea y es un obstáculo al desarrollo de la cultura política democrática.

El avance industrial del país trajo consigo un elevado crecimiento urbano y un efecto perverso en el campo. Aquél se vio impulsado por los medios de comunicación, lo que permitió una mayor pluralidad de puntos de vista, pero en el campo la población se cohesionó en torno a los usos y costumbres. Lo anterior permitió una mayor y más intensa participación política en la ciudad, por parte de los diversos sectores de la población. Aunque ésta dependía de múltiples factores, todos ellos convergieron en la posibilidad de generar una ruptura al interior del partido en el poder; evento que no prosperó sino hasta 1987, en el contexto de la sucesión presidencial.

Con la ruptura en el PRI y los acontecimientos de 1988, tanto en el D.F., como en toda la nación, emergió la posibilidad de que muchas organizaciones sociales, políticas, vecinales, de gestión ciudadana y civiles emergieran. Sus iniciativas se plasmaron en acciones políticas que llevaron a la formación de una corriente electoral contraria al PRI y, al mismo tiempo, a la formación de una nueva instancia legislativa que las mantuviera y les diera cuerpo. Parte de estas acciones correspondieron a la reforma política. Cabe mencionar, siguiendo el argumento anterior, que en la actualidad muchas de las añejas demandas sociales se plasman en políticas públicas. Esto, a partir de un salto cualitativo a la participación política.

Sin duda los antecedentes de la participación ciudadana se ubican necesariamente en la crítica, la queja y la evaluación negativa de los servicios públicos; ya sea por su carencia, ineficiencia, alto costo o mala calidad. De esta manera se produce una concentración de acciones que tienen como propósito central construir una demanda o petición a las autoridades. También se origina por la falta de derechos, oportunidades, espacios o inversión para el desarrollo de las capacidades, habilidades para el progreso de la persona, la familia o la comunidad. Asimismo, para la realización de actividades como la religión, la libre expresión, la preferencia de tal o cual conducta y la libertad de asociación.

En rigor, la participación que busca cimentar una nueva ciudadanía es muy reciente en México. Se puede decir que inicia en los años cincuenta y sesenta, con diversos movimientos sociales, huelgas, protestas, etc. Pero el mayor impacto es el referido al movimiento estudiantil de 1968. Este avanza en la demanda de democratización, y toma fuerza en la reorganización de la ciudad de México después de los sismos de 1985. A partir de 1988 toma un camino ascendente con la integración del autodenominado Frente Democrático Nacional, convocando a una alianza contra el gobierno federal en demanda de una nueva forma transparente de hacer política en México y, en consecuencia, de elecciones limpias.

Experiencias

Muy diversas experiencias sobre participación ciudadana se reconocen como las consecuencias de los sismos de 1985, acaecidas en la ciudad de México. La formación de organizaciones ciudadanas, no gubernamentales, y de otras formas, poco comunes, algunas de las cuales sucumbieron dado que sus objetivos fueron cumplidos o rebasados por las propias circunstancias. Pero la concreción de toda la movilización social fue la formación de nuevas instituciones, como la de un congreso local (ARDF y ALDF), la Comisión de Derechos Humanos (CDHDF), el Instituto Electoral (IEDE) y el Tribunal Electoral (IETF).

En el caso de las acciones ciudadanas generadas a consecuencia de los sismos de 1985, se argumentó la solidaridad y espontaneidad del mexicano (o un cambio drástico en su cultura política) como algo que estaba oculto y de pronto emergió de las profundidades. Pero las acciones de apoyo y ayuda mutua ya tenían un soporte ciudadano formado con anterioridad. Aunque también hay que decir que muchas de estas acciones obedecieron tanto a la búsqueda del beneficio político de algunos grupos, como a la rapiña que había bajo las acciones de rescate; inclusive las provenientes de las instituciones gubernamentales. La presión social por la expropiación de predios fue una demanda concreta que colocó al gobierno federal en una encrucijada y en un fuerte dilema. Podemos decir que ante la falta de respuestas empezó la debacle de la hegemonía del PRI en la ciudad de México.

4. Mecanismos que la estimulan

Al estudiar la participación ciudadana es necesario situar históricamente al objeto de la disputa. Su dinámica es la que mira al futuro a partir de la perspectiva con que los actores cuentan en el presente; pero no se debe olvidar que ésta incluye muchos contenidos y significados que han sido formados y sedimentados en el pasado. Toman-

do en cuenta los anteriores puntos, se obtiene un contexto de la organización cognitiva que tienen los actores en el presente, su racionalidad o su lógica para hacer las cosas. Esta es la postura que adoptamos desde la perspectiva de la psicología social para el análisis de un evento en el presente.

De esta manera, son los nuevos conflictos y las tensiones sociales, así como el intercambio y la comparación de experiencias, los componentes de la amalgama de los procesos donde se logró la emergencia de nuevos rostros, nombres y prácticas. De esta manera se ha propiciado la construcción y emergencia de otras opiniones y derroteros; que conforman nuevas expectativas y nuevas voluntades.

Otra de las dinámicas que más interés suscita en el estudio y comprensión de la participación ciudadana es el resultado de las alianzas sociales y políticas en la vida comunitaria. Esta acción provoca una amplia diversidad de interpretaciones. La autorización o descalificación de las acciones de los otros, las justificaciones de los líderes, etc., permite la formación de subgrupos, y con esto, la búsqueda de una nueva estabilidad que tenga como resultado la ponderación de las acciones, del discurso y de los acuerdos frente a terceros. El estado de tensión o conflicto que se adquiere en lo inmediato con la coalición, obliga al mejor juicio de los representantes, ante sí mismos y frente a terceros. La presión social limita los excesos, aunque también limita la audacia de los líderes o representantes.

Por otra parte, se puede decir que no hay experiencia que sea irre recuperable desde el punto de vista de la dinámica ciudadana. Sin embargo, no siempre las experiencias se han recogido de la misma manera y por los mismos ideales. De ahí que podemos decir que siempre hay una recuperación simbólica de las experiencias que se ponen a disposición de la colectividad y de las nuevas situaciones. Es importante indagar la influencia, real o simbólica, que tienen las experiencias indirectas en la formación de asociados en los grupos ciudadanos.

Un elemento adicional que resulta valioso de indagar en la vida contemporánea es la interlocución con los partidos políticos. Esta

gestión se ha convertido en algo valorado por los ciudadanos organizados, en la medida en que los procesos electorales son menos conflictivos y resultan más creíbles. Sin embargo, es necesario reconocer y evaluar la oferta política de cada uno y relacionarla con las demandas sociales. Esto propicia un encuentro de orden político y genera portavoces en los partidos, pero, sobre todo, una didáctica en los estilos de hacer política.

Un mecanismo que también estimula la participación ciudadana es el conjunto de acciones encaminadas a construir identidad. Hemos dicho que se refiere a las actividades colectivas que se observan en torno a un periodo de inestabilidad-estabilidad. Durante este espacio parece inevitable la confrontación entre distintos sectores o al interior del grupo. Sobre todo cuando se trata de la obtención de mejores posiciones o representación.

5. Cómo se organiza

La participación es una sincronía de acciones y puntos de vista entre los individuos. También de sus ritmos de vida, perspectivas y emociones en torno a varios elementos del medio ambiente social. Esta unificación permite no sólo la coincidencia, sino reconocer la similitud de sus necesidades y la posibilidad de resolución compartida a sus problemáticas. Misma que se nutre una forma de comunidad invisible, que permite establecer lazos entre las acciones. En el fondo, hay una mirada del otro que se recupera en el sentido de un paralelismo, de una correspondencia, de equidad en los integrantes de una organización. Algo tienen o elaboran que los hace semejantes, los liga y agrupa.

Una posibilidad es reconocer que el colectivo asume una diferencia respecto del punto de vista que domina. Que se establece una distancia y se estructura un punto de vista divergente respecto de la explicación dominante, mayoritaria o del experto. Esto trae como efecto un conflicto interior y una perspectiva disonante respecto

de la dinámica social. El conflicto es, entonces, parte sustancial de la participación. No aflora este fenómeno sin disputa, sin confrontación, sin altercado y, al mismo tiempo, conlleva a la emergencia y expresión de una nueva opinión, de un nuevo discurso o de una alternativa ante un problema, así como de una nueva propuesta normativa.

La posibilidad de propiciar la participación ciudadana depende de la jerarquía que el grupo le asigne a un determinado problema social. Una percepción de elevada posibilidad de solución, (aspecto subjetivo por parte del grupo), la potencia. Este argumento no es discursivo, sino se ubica en el ámbito de los aspectos evaluativos y cognitivos que realizamos todos en la vida ordinaria. Pero representan para la organización una postura de compromiso respecto del mundo de los objetos, de la dinámica social, pasada y presente, y de la necesidad de elaborar un proyecto con una utilidad o valor práctico. Esta parece ser la trayectoria del fenómeno, pero las fases de su evolución dependen de los elementos que hemos venido mencionando.

Cualquier persona o grupo que emprenda acciones para la obtención de beneficios o para la fundación de nuevos derechos, supone una jerarquía en sus esfuerzos, tiempos y recursos disponibles. De este modo, elegir una actividad significa desatender otras como el empleo, la familia, el tiempo libre, las amistades, etc. Toda nueva actividad emprendida conlleva a una concentración del pensamiento y de las acciones, tanto colectivas como individuales, que se tienen que realizar. Mucho le complica la vida a quien tiene poco tiempo. Por eso la participación genera contradicciones en el seno de las personas y de las familias. De este modo, quienes asumen una nueva actividad aportan muchos aspectos que no son cuantificables, pero que son significativos en su vida personal. Parecería lógico, entonces, que quienes poseen mayores recursos humanos y materiales tienen más capacidad para librar estas restricciones. Sin embargo, muchas veces las cosas son de manera contraria. Entonces, lo que se reconoce como participación es una resignificación en la jerarquía de los valo-

res, de aspectos importantes de la vida social y en la dinámica de los grupos de pertenencia.

La oportunidad que tienen individuos y organizaciones para desatar sus esfuerzos y recursos hacia un objeto social está en el discernimiento de los costos de oportunidad. En tal caso, cuando este costo es calificado como alto, se puede presentar no sólo una limitación o impedimento; sino la desilusión en el grupo y una oportunidad perdida. En cambio, cuando el costo de oportunidad es asumido como bajo, se puede provocar una enorme energía que se despliega y se pone a disposición de la organización. Al mismo tiempo, se propician buenas expectativas. Este enorme y complejo movimiento depende de la actividad colectiva de resignificación emprendida y elaborada. De esta manera, los componentes socio-afectivo, emocional, evaluativo y cognitivo constituyen el núcleo más importante del fenómeno que estamos comentando.

De esta manera, la participación ciudadana es un proceso social que contribuye a la producción de significados en individuos y grupos, y contribuye a la formación del consenso. Pero la búsqueda de identidades no diluye las confrontaciones al interior del grupo o entre los subgrupos. De hecho, los mantiene en acción permanente mediante la responsabilidad compartida. Además, pone en juego las capacidades de la población, de sus memorias y sus anhelos, que requieren para construir una versión del pasado y del porvenir. Este es un enorme movimiento de poder, donde los representantes requieren de elementos distintivos y diferenciadores de otros grupos para mantener la identidad. Resultado de todo esto es la cohesión grupal y la motivación del mismo. Estos procesos psicosociales puestos en relieve son causa y consecuencia de la participación ciudadana.

6. Hacia definiciones alternativas

La participación ciudadana se asienta en diversas creencias, en la explicación de un problema, en el mito de las capacidades humanas

y en una versión colectiva de lo social y de lo político. Pero también en una memoria expresamente construida y en la exaltación de ciertos valores y de héroes nacionales o internacionales. En una palabra, genera una versión de la historia de la sociedad con base en la perspectiva de los propios grupos. Lo cual redundará en nuevas creencias, mitos, perspectivas y en el predominio de unas cuestiones sobre otras; casi siempre asociadas al cambio. También origina las maneras de procesar los antagonismos, la toma de decisiones y los nuevos modos de gestión frente a los nuevos y los viejos problemas. Pero subrayamos que invariablemente está asociado al espacio que se encuentra entre la necesidad y la posibilidad de reedificar el consenso.

La creatividad para leer la realidad, y la audacia para construir una que esté proyectada hacia el futuro, permite ubicarla como una manera racional de conocer y accionar los mecanismos de la participación, aunque estos no sean sólo racionales. Un escenario participativo puede proyectarse en las acciones que un grupo o colectividad elabora para establecer una ruta entre la realidad, su realidad, y el deseo, su deseo...

La historia política en nuestro país ha enseñado a construir todas las formas y modalidades de participación ciudadana hacia el cambio. Sin embargo, la mayoría de éstas han sido frustradas por diversas razones. Unas por la poca sistematización interna de las experiencias. Otras por la excesiva y cruel represión, cooptación de liderazgos, traiciones o por la incapacidad de sostener un movimiento social por mucho tiempo con la misma dinámica. Sin embargo, todas las experiencias han dejado una huella en la memoria social; que les ha permitido emerger en una condición diferente, en otros lugares y en otros tiempos.

Es necesario reconocer la visión estratégica que generan quienes emprenden acciones colectivas. Esta es una consecuencia de la puesta en escena de las demandas sociales. Pero su sola presentación constituye una responsabilidad por parte de promotores; al sostenerse en el sentido de su necesidad y del diagnóstico elaborado sobre las posi-

bles causas. Asimismo, el impulso de alternativas para la solución a esas demandas crea los sentidos de pertenencia, corresponsabilidad e identidad que le son necesarios.

Otra secuela es la referida a la caracterización singular que se realiza del problema. La consistencia en cuanto a las alternativas de solución crean en el grupo un estilo determinado. Su discurso, que es en realidad un análisis del presente y las proyecciones posibles de su realidad, nos permite reconocer el horizonte posible de esa organización. No es suficiente para el estudio de la participación, el análisis de contenido del discurso. Puesto que es menester, también, reconocer el énfasis con el que se presenta, el contexto determinado que tiene y los escenarios de acción que se presentan y que se vislumbran. De esta forma, el estudio de la participación ciudadana es complejo por la presencia y potencia de los diversos factores que intervienen. Lo anterior nos permite elaborar una primera taxonomía.

En primer lugar, se hace necesario reconocer los recursos simbólicos que se presentan y exponen en la declaración de las demandas sociales. Recursos que pueden referirse a la comunicación y a la construcción de los significados iniciales, a partir de la manifestación de voluntades y motivaciones a la acción. Se ubican tanto los grados de eficacia y cohesión interna en la organización, como la externa, respecto de las autoridades.

En segundo lugar, es necesario evaluar la relación de las demandas sociales con las políticas públicas establecidas, y que se plasma en el financiamiento y capacidad gubernamental de atención al desarrollo social. En esta parte se presentan la perspectiva de haber sido parte en la elaboración de una política pública y haber logrado impulsarla o crearla. Lo anterior define las condiciones del Estado con relación a tal o cual problemática social.

En tercer lugar, es ineludible examinar los procedimientos empleados por los grupos demandantes para lograr establecer la comunicación con los equipos responsables de la atención a las problemáticas. Asimismo, los grupos intermediarios, como organizaciones, parti-

dos, fundaciones, etc., los cuales permiten apoyar en la estrategia de atención, diálogo y gestión. En cualquiera de los casos, nos referimos al estilo ofrecido.

Finalmente, en las prácticas que contribuyen a la producción del capital humano necesario al interior de la organización. El número, el estilo, la formación de una versión de los asuntos y la memoria social de la organización. Se trata de reconocer la producción de los modelos generados y el impacto que se tiene en el mediano plazo para la formación de los nuevos derechos sociales.

Por lo anterior, la formación de la ciudadanía compromete a los diversos grupos a expresarse y a opinar sobre la organización social, sobre las funciones de las distintas instancias y sobre las normas que habrán de regir sobre al conjunto social. De esta forma, la apertura de nuevos derechos y las alternativas de desarrollo para nuevos actores sociales compromete al conjunto social.

La participación puede ser estudiada, entonces, como un largo proceso a partir de la producción de modelos específicos. De hecho, en ella se concentran una enorme cantidad de variables a observar, interpretar, cuantificar, etc. No existe una modalidad específica para su estudio; por el contrario, a ella se pueden suscribir diversos métodos, disciplinas, teorías, principios, etc. Podemos decir que el fenómeno del que hablamos revela una noción transversal en ciencias sociales, ya que a todas pertenece a todas ellas.

Afirmamos, sin vacilación, que la participación es un fenómeno integral y multidisciplinario. Que no pertenece sino al conjunto de las ciencias sociales y a las polémicas que entre ellas se desprenden. En todo caso, sus pertenencias se ubican en la intersección de las disciplinas sociales, y donde ellas colocan sus argumentos y los procesos específicos que estudian. De este modo, la participación ciudadana es un objeto y proceso en disputa, y no un territorio conquistado de antemano.

7. Las capacidades de la psicología social

La psicología social que se produce en nuestro país está transitando de su etapa descriptiva y enunciativa de elementos a una donde se explicitan los procesos psicosociales de cara a las problemáticas que vive nuestra sociedad. La disciplina lo hace a partir del reconocimiento y evaluación de los procesos específicos que estudiamos.

De esta forma, para implementar la investigación sobre la participación ciudadana se tienen que definir las unidades de observación (grupos, colectividades, instituciones, etc.), las unidades de registro (opiniones, discursos, acciones, atribuciones, etc.) y campos analíticos (experiencias, significados, valoraciones, etc.). A partir de estos elementos se puede llevar a efecto una reconstrucción teórico-conceptual de este fenómeno, donde se reconozcan los procesos específicos que se pretenden observar y evaluar. Los problemas sociales que se potencian para el futuro inmediato hacen que el fenómeno de la participación ciudadana demande la intervención de la psicología social como disciplina científica, y de psicólogas y psicólogos sociales como profesionales del comportamiento humano. Señalo lo anterior en el sentido de la investigación.

Así, el estudio de la participación ciudadana no es sólo un tema de las ciencias sociales, sino un fenómeno que debe ser deconstruido en problemáticas específicas, en preocupaciones teóricas y procesuales. En una palabra, en reconocer las viejas preguntas del desarrollo de la sociedad sobre la formación del actor histórico del cambio. En la necesidad de reconocer los cimientos de la sociedad democrática, y en los mecanismos que permitan movilizar a la sociedad que tenemos para la resolución de sus problemáticas. Igualmente, es necesario contribuir con una perspectiva de desarrollo humano más solidaria, donde el hombre sea el creador de su destino y tenga como herramienta principal sus valores, ideales y aspiraciones. Una utopía realista, proyectada desde el punto de vista de lo posible. Una articulación

del futuro desde el presente y un presente, desde la perspectiva del futuro. Esto, claro está, sin desdeñar el pasado.

Por lo anterior, considero que la participación ciudadana no es un asunto político ni económico en sí mismo. Estos pueden ser sus propias circunstancias. Más bien es un asunto social, ya que su origen, desarrollo, involución y transformación, obedece a las acciones y procesos que realizan los sujetos sociales con relación a los objetos de la realidad que los circunscribe.

Bibliografía

- Abric, J. C. (1996). *Exclusion Sociale, Insertion et Prévention*. Paris: Erès.
- Acosta, T. (1990). «Reflexión política y psicología social», en: Mota, G. (Coord). *Cuestiones de psicología política en México*. pp. 39-44. México: UNAM-CRIM,
- Bolos, S. 1995. *Actores sociales y demandas urbanas*. México: UIA.
- (1999). *La constitución de los actores sociales y la política*. México: UIA / Plaza y Valdés.
- Cisneros, C. y Jiménez, J. (1992). «Subjetividad y cultura política: tensión entre historias conceptuales», en: *POLIS 92, Anuario de Sociología*. México: UAM-I.
- Constantino, M. (2000). «Participación ciudadana», en: Baca Olamendi, L. et al. *Léxico de política*. pp. 509-511. México: FLACSO / CONACYT/ Fundación Heinrich Böll / FCE.
- Cornelius, W. (1980). *Los inmigrantes pobres en la ciudad de México y la política*. México: FCE.
- Cuéllar, A. (1993). *La noche es de ustedes, el amanecer es nuestro*. México: UNAM.
- Estrada, M. (1995). *Participación política*. México: UIA / Plaza y Valdés.
- González Casanova, P. (1995). *El estado y los partidos políticos en México*. México: Era.

- González-Navarro, M. (1991). «El tránsito de la psicología social a la psicología política», en: Juárez, J. et al., *Ensayos de psicología política en México*. pp. 51-74. México: UAM.
- Kenneth, F. (1997). «Complejidad, cohesión y longevidad en un movimiento popular urbano: Asamblea de Barrios en la ciudad de México», en: Zermefio, S. *Movimientos sociales e identidades colectivas. México en la década de los noventa*. México: La Jornada Ediciones.
- McClosky (1968). «Political Participation», *International encyclopedia of social sciences*, New York: Collier-Mcmillan.
- Meluci, A. (1991). «La acción colectiva como construcción social», *Estudios Sociológicos*, Vol. ix, núm. 26, pp. 357-364, México.
- Merino, M. (1997). *La participación ciudadana en la democracia*. México: IFE.
- Moscovici, S. (1989). «Los temas de la psicología política», *Individus et politique*. Hermes, 5-6. París: Éditions CNRS.
- Moscovici, S. y Hewtone, M. (1988). «De la ciencia al sentido común», en: Moscovici, S. *Psicología social*, Vol. II. pp. 679-710. México: Paidós.
- Moscovici, S.; Mugny, G. y Pérez, J. A. (1991). *La influencia social inconsciente*. Barcelona: Anthropos.
- Orfali, B. (1990). *L'adhésion au front national*. Paris: Éditions Kimé.
- Rivero, M. (1990). *Pensar la política*. México: UNAM-Instituto de Investigaciones Sociales.
- Rosanvallon, P. (1999). *La consagración del ciudadano*. México: Instituto Mora.
- Rouquette, M.-L. (1994). «Les représentations sociales», *Sur la connaissance des masses; Essai de psychologie politique*. pp. 167-191. Grenoble: Presses Universitaire de Grenoble.
- Rouquette, M.-L. y Garnier, C. (1999) *La genèse des représentations sociales*. Montréal: Éditions nouvelles.
- Sabucedo, J. M. (1988). «La participación política», en: Seoane, J. y Rodríguez, A. *Psicología política*. pp. 165-194. Madrid: Pirámide.

- Tanaka, M. (1995). «La participación política de los sectores populares en América Latina», *Revista Mexicana de Sociología*, 3/95, pp. 41-65. México: UNAM.
- Tejera, H. (2001). *No se olvide de nosotros cuando esté allá arriba*. Tesis de Doctorado. México: Universidad Iberoamericana.
- Vanderwood, P. J. (2003). *Del púlpito a la trinchera*. México: Taurus.
- Zemelman, H. (1989). *De la historia a la política*. México: Siglo XXI.
- Zermeño, S. (1997). *Movimientos sociales e identidades colectivas. México en la década de los noventa*. México: La Jornada Ediciones.
- Ziccardi, A. (1998). *Gobernabilidad y participación ciudadana en la ciudad capital*. México: UNAM / Miguel Angel Porrúa.
- (Zimmerman, J. (1992). *Democracia participativa*, Limusa, México.

Notas

¹ Cfr. Easton, 1965, citado en Cornelius, 1980, p.58.

² Ver los desarrollos sobre los movimientos sociales, por ejemplo: Meluci, 1991, pp. 357-364.

³ Ver el texto de Estrada, 1995.

⁴ Expresión que utiliza Georgina Sandoval para referirse a la memoria que elaboran los grupos, citada en: Bolos, 1995, p. 121.

⁵ Cfr. la «Presentación» del texto de Ziccardi, 1998, pp. 15-37.

⁶ Cfr. el interesante y pormenorizado estudio de P. J. Vanderwood (2003), relativo a un pueblo mexicano que se rebela contra el supremo gobierno del General Porfirio Díaz, nos permite reconocer que en la formación de grupos que expresan sus demandas y puntos de vista, hay una modificación no sólo de las relaciones interpersonales, sino incluso en la personalidad, la apariencia y la expresión de los protagonistas, todo ello en función de cómo se interpretan las acciones, se asumen las consecuencias y las circunstancias que envuelven a los conflictos y tensiones sociales formulados.

⁷ Cfr. Rosanvallon, 1999.

⁸ Cfr. Cuellar, 1993.

Conceptualizaciones históricas sobre las nociones de ciudadanía y sociedad civil: un acercamiento racional-afectivo

Raquel González Loyola Pérez

Introducción

La presente ponencia es el resultado de muchos momentos de reflexión en mi espacio laboral, en el aula, con los estudiantes y con mis colegas, como ciudadana y en la vida cotidiana. Es el producto de muchas discusiones, opiniones y situaciones que me han invitado a (re)pensar la posición que juego como ciudadana. Por lo tanto, este trabajo no es solo mi pensamiento, sino la contribución reflexiva, intencionada o involuntaria, de todos los que se escuchan en él. Pensamiento inacabado, plasmado en una conversación colectiva que aquí inicia su vida pública, y que, de lo que surja, me dará pauta para una discusión posterior más profunda.

El análisis de las categorías o conceptos «derechos individuales», «soberanía» –popular o nacional– «ciudadanía democrática» y «sociedad civil», me sirven de pretexto para analizar los últimos momentos políticos coyunturales del país, y las nuevas discursividades que se han gestado sobre la participación política. Y si bien decimos PRE-TEXTO, es porque estamos colocando un cristal que nos servirá para hacer una lectura construccionista, como nos la propone Ibáñez, de una realidad de la que no podemos sustraernos, en tanto que nosotros mismos formamos parte de la realidad que miramos. «...incidir en la realidad, implica explicar lo que de nosotros hay en ella...» (Ibáñez, 2001), por lo que hablo de cómo me miro como

ciudadana, en relación con el compromiso de transformación que pretende la psicología política y por mi pasión por la ciencia política.

Al formar parte de una realidad, nosotros y nuestro conocimiento, nos configuramos en ella. Esta realidad socio-política es tal como es porque nosotros somos de la misma materia que ella misma, al igual que el conocimiento que hemos construido sobre ella, de tal forma que cuando transformamos o agregamos elementos a este conocimiento de nuestra realidad, estamos afectando la noción de nuestro quehacer ciudadano y nuestro compromiso de participación política. *«Producir conocimiento sobre algo es un proceso que hace que ese algo devenga diferente como consecuencia del propio proceso de establecer sus características. Conocer es, por consiguiente, un proceso que siempre se queda un paso atrás del objeto conocido, puesto que al formarse ya lo ha transformado»* (Ibañez, 2001).

Discutir intensa y productivamente sobre la noción de ciudadanía nos deberá de colocar en un lugar distinto del que estábamos antes de pensarla, en tanto que, al haberla sometido a interrogatorio, a un cuestionamiento, no sólo nos cambiará la idea que teníamos de ella; sino que deberá cambiarnos a nosotros mismos con relación a ella. Si discurremos sobre la noción de ciudadanía, debemos tomar los nuevos elementos que se van mostrando del proceso en discusión para incorporarlos en la teorización que hagamos de él, puesto que al problematizar la realidad hacemos existir realidades alternas, transformamos nuestra realidad, transformándonos a nosotros mismos. Pretensión que va dirigida a modificar las maneras en que nos pensamos como ciudadanos participantes de una realidad política, que tiende, cada vez más a delimitarse en ámbitos muy cercados y preestablecidos. Pero, al mismo tiempo, donde emergen nuevos actores sociales que no están dispuestos a sujetarse a definiciones limitantes. La intención de esta propuesta de investigación pretende insertarse en un campo de discusión extensa y abundante, dentro de la ciencia política y la psicología social, que no hace más que

proponer nuevos puntos de discusión para lograr nuevas configuraciones teórico metodológicas.

El recorrido que propongo mostraría cómo las masas surgen abruptamente como sujeto, y cómo la modernidad pretende ordenarlas y formalizar su existencia hasta convertirlas en individuos-ciudadanos que se asocian dentro de los partidos políticos o como sociedad civil, en torno a las exigencias que el Estado impone como modelo a seguir para construir la condición social humana «ideal» que es la Democracia. Pretensión al final de cuentas inacabada, puesto que la masa no ha cesado de existir así, afectiva, irracional, irreverente. Aunque ya no sean las mismas que Le Bon, Tarde, Freud o Canetti experimentaron, siguen mostrándose en las ciudades como otro tipo distinto de masas, transformadas por la globalidad, diría Maffesoli: como hordas posmodernas, demasiado afectivizadas, pero no subjetivadas. El recorrido racionalista, que se hará sobre el ciudadano desde la ciencia política, será a partir de miradas de autores que profesan distinto signos filosóficos e ideológicos. Las concepciones que prevalecieron en los siglos XVIII, XIX y XX, desde la premodernidad¹; la Ilustración²; el liberalismo inglés y francés³, pasando por el materialismo dialéctico, los marxistas y postmarxistas⁴, hasta llegar a las nuevas concepciones políticas que se desarrollan a finales del siglo XX (Hanna Arendt, Larry Diamond, Zapata Barreiro entre otras); también se incorpora una mirada crítica de la modernidad que proponen Touraine, Sloterdijk, Maffesoli y Zermeño, por citar solo algunos autores.

I

La irrupción de la masa como sujeto será lo que determine el contenido político del proyecto de modernidad iniciado por la Ilustración, lo que dará pauta al surgimiento de la idea de nacionalismo (Sloterdijk, 2001), y a las categorías de ciudadanía y de ciudadano perteneciente a una Nación.⁵ Su irrupción obedece a circunstancias

históricas que emergen de ideales de emancipación que serán absorbidos posteriormente por el proyecto de modernidad.

Así pues, durante los siglos XVIII, XIX y XX contendrán esencialmente estas dos posiciones políticas discursivas: una fáctica-afectiva, la de la masa subjetivada que pugna por seguir siendo el ejecutante de su propia historia; y la posición racional-modernidad, que construye un tipo ideal de ciudadano racional, determinado por las circunstancias estructurales e históricas del sistema político liberal. La posición racional-liberal prevalecerá hasta nuestros días, y aparecerá como la gran triunfalista en el cambio de milenio. La masa debe subordinarse y someterse a una identidad de confección nacionalista, estipulada por una normatividad jurídica, restringida dentro de un territorio y regida bajo un sistema de gobierno naturalizado como «democrático».

Es en la constitución originaria del sujeto masificado, (en el seno de la masa), señalará Sloterdijk, que se verifica la constitución originaria donde predominan las incitaciones nebulosas y se muestran los individuos excitados que no se comportan lo como estipula la deliberación racionalista. Conducirse como un público, muestra lo más denso de la escena originaria de la formación del Yo-colectivo, con un exceso de masa humana. Escena que muestra el bloqueo del proceso de conversión en sujeto, justo en el momento de su culminación; pues al momento en que se erige para buscar su emancipación y consolidar su subjetividad, se entrega, lascivamente gobernada por sus excitaciones contagiosas y miméticas. La masa, dirían los modernistas, no piensa, sólo siente y actúa impulsivamente, es gestionable y manipulable.

También hay algo de contradictorio o paradójico en este tipo de masa, puesto que, en el momento en que se erige como tumulto emancipador, se lanza a la tarea de emanciparse a sí misma de sí misma, es decir, se conflictúa por querer ser única, auténtica e individual. Entonces, se reviste de las pretensiones burguesas de ser conformada por individuos, crea distancia entre los sujetos y los lanza a

la búsqueda solitaria de su autenticidad, de tener que llegar a ser ellos mismo. Búsqueda que le aparejará dificultades enormes en la lucha por intentar definir una identidad propia, que no será la propia sino la de una Nación entera. Así, el nacionalismo surge como sello de la identidad en la modernidad.

Por tanto, el desarrollo de la masa como sujeto para convertirse en ciudadano se concibe desde la posibilidad de legitimarla como fuente inequívoca del mandato y del poder; aunque no de autoridad, puesto que la autoridad provendrá de un marco jurídico. A la masa se le dota de las capacidades de conciencia de su trascendencia histórica, de su capacidad de resignificarla como individuos y como configuración socio-cultural, es decir, es lo que le da acceso al estatus de subjetividad (lo que implica la posesión de privilegios tales como la potestad, la voluntad, el saber y la afectividad), y, en última instancia de la soberanía, «...un colectivo dotado de voluntad, que reclamaba sus derechos, tomaba la palabra y del que emanaba el poder» (Sloterdijk, 2000, p.16). Poder que más tarde le será revocado, argumentando su falta de madurez para el ejercicio pleno de sus derechos. Esto, después de haber sido desvirtuada su capacidad de movilización e irrupción como actor, reduciéndola a la condición de ciudadano que abdica su potestad soberana a favor de un Estado y sus instituciones. Con lo cual se trasladarán a los partidos políticos su capacidad representativa y toda forma de organización que privilegie la razón instrumental y la institucionalización.

Robert Michels⁶ (1915), en su estudio sociológico sobre los Partidos Políticos, recuperará los estudios sobre las masas de sus contemporáneos Le Bon, Tarde y Freud, acusando la incapacidad afectiva de estas «masas soberanas» para direccionar su propia emancipación y exaltar su expresión racional más que su expresión subjetiva, al requerir de ayuda para consolidar el ejercicio de autogobierno que dirija y materialice la idea práctica de democracia. Las masas soberanas son incapaces de adoptar las resoluciones más necesarias: esto constituye el argumento más sólido para mostrar racionalmente la

inoperancia de las democracias directas en tiempos modernos, con lo que Michels justificará y ponderará la aparición, existencia e intervención de instituciones tales como los partidos políticos; para que sean éstos los encargados de consolidar la voluntad de autogobierno de las masas y para que representen la voluntad del pueblo.

Es mejor que el pueblo se constituya en pequeñas asambleas donde es posible que impere la deliberación y las elecciones razonadas, cautas de su aprobación. Las masas deben organizarse para construir la democracia y la democracia es resultado, así mismo, de sus propias asambleas populares. La democracia se establece como el dispositivo para que la masa consiga la realización de sus fines, que será, a partir de este momento, la reivindicación de sus condiciones materiales de vida, ya no su emancipación. De lo contrario, la decisión que llegue a tomar una multitud exacerbada puede ser muestra palpable de su propia patología.

La democracia, al derivarse de la organización, conduce necesariamente a la consolidación de un núcleo oligárquico dentro de los partidos políticos (Michels) o genera sus propios intelectuales orgánicos, como los denominaría Gramsci. Esta es la Sociedad Política, que se establece como el gobierno de los expertos o la élite gobernante, de la cual forman parte no sólo el PAN, como partido en el poder, sino también el PRI, el PRD o cualquier organización partidista. La naturaleza de la democracia conduce forzosamente a la necesidad de organización, es decir, contiene necesariamente un núcleo oligárquico, puesto que sustrae la legitimidad de la fuerza de la masa electoral, con lo que se cumple la tarea de la modernización política.

II

Las concepciones de CIUDADANÍA, que encuentro en diferentes autores de la ciencia política, son una serie de construcciones discursivo-políticas, identitarias, históricas y diferenciadas,

que reflejan la construcción retórico-discursivas que cada sociedad o conjunto socio-cultural ha conformado para establecer un esquema jurídico-político de inclusión-exclusión de los sujetos, y de legitimación de cada sistema de detentación y ejercicio de poder.

Según Zapata Barrero (2001, pp. 1-54), podemos rastrear en la conceptualización moderna de ciudadanía una mezcla de tres tradiciones históricas de pensamiento: la de los griegos, la romano-cristiana y la hebrea. La primera de orden racional, la concibe como participación en los espacios públicos; la segunda marcadamente individualista, asume una relación individual de desconfianza con su autoridad y, la tercera, de tendencia afectivista, enaltece actitudes de lealtad, sumisión y autosacrificio en aras de un bien común.

Por otro lado, existen dos usos prácticos de 'ciudadanía': a) uno cerrado e institucional, es decir, que puede ser tanto objeto de actuación política para integrar y/o excluir la realidad plural; b) un uso abierto e instrumental, como sujeto que se designa y prescribe desde un tipo de identidad y de actividad políticas. En nuestra opinión, este doble uso tensa el hilo conductor de la polaridad inclusión-exclusión, tema que abordaremos a continuación.

Históricamente, 'ciudadanía' ha sido una noción excluyente. Su semántica ha connotado constantemente un privilegio (etimológicamente, *-legio, ley, derecho que protege lo priv-ado*) y un límite social, ético, político y económico frente a las demás personas, que más allá de su alcance semántico (al referir sólo a sus formas), también incluye un lingüístico, que permite, entre otras cosas, rastrear formas sociales de existencia política en las ciudades y del propio Estado, y la configuración de construcciones sociales intersubjetivas y de imaginarios políticos particulares.

Algunos ejemplos históricos nos sirven para ilustrar lo anterior: se nombraba ciudadano a quien mostraba poseer un título nobiliario (siglos XVII-XVIII) o bienes suficientes (siglo XIX) para participar en el gobierno o elegir gobierno. Las mujeres adquirimos el estatus

de ciudadanía hasta que se nos concedió en la ley el derecho al voto de 1954. Por su parte, los menores empiezan a ser concebidos como ciudadanos al momento en que opinaron y pudieron votar por sus derechos en las elecciones del 2000 y del 2003. Es decir, en el momento en que se refieren y defienden sus derechos en los espacios públicos (ser respetados en la escuela, en la calle, tener un nombre, estar saludables) y en los privados (ser protegidos en su casa contra la violencia intrafamiliar o el abuso sexual). El loco y el recluso no pueden ejercer o pierden todo derecho político, aunque sólo recientemente se les reconozcan sus derechos civiles.

La historia de la noción es la historia de la identidad, cuya expresión ha sido políticamente autorizada por las autoridades de cada época y que sitúa en una difícil posición intermedia a los individuos y la autoridad política. Asimismo, la construcción de la noción de ciudadanía no nace ni se conduce naturalmente con una vocación democrática.

La Ciudadanía se constituye como una identidad necesaria para que el Estado pueda dirigirse y relacionarse con una pluralidad de personas, independientemente del tipo de organización social o política que se trate, sean o no sus gobernados: *«Se me puede adjudicar en este momento una identidad terrorista talibanesa o de comunista en el periodo de la guerra fría, porque me fue adjudicada por un Estado, el norteamericano, y no ser gobernada por el gobierno de este país»*. De igual forma, la noción recae sólo sobre los que son sujetos del ejercicio del derecho, o de las facultades y beneficios que concede la ley. Ley que sólo reconoce, en carácter nominativo, a algunos sectores y no siempre a todos sus gobernados, aunque será muy útil o fatalista para aquellos que se benefician de las facultades que concede la ley o los que son sometidos al ejercicio del derecho. En este sentido, se considera como una noción funcional que ha servido para legitimar una gran variedad de organizaciones políticas.

Se construyó todo un pensamiento y una práctica sobre la ciudadanía. La ciudad como espacio donde debería o podría pensarse, por

tanto, que debería ser del ciudadano. Irónicamente, es el espacio que ahora lo excluye, a la vez que lo obliga a adquirir la identidad de los signos; los símbolos y los rasgos de una Nación entera.

El liberalismo democrático tradicional tendió a establecer un uso uniformizador y abstracto de las categorías «derechos civiles», «ciudadanía» y «sociedad civil»; derivadas de la pretendida homogenización de los derechos y responsabilidades que son conferidos por la ley, pero resguardados por el Estado. Noción, esta última, que, junto con la de democracia y de Nación, se posicionan en el lugar del tutelaje y la supremacía, por encima de las nociones anteriores.

La articulación de las nociones de Estado-Nación y ciudadanía-sociedad civil, puede pensarse como la conjunción exacta que materializa el espíritu de la modernidad, es decir, el espíritu de la razón hegeliana. Puesto que cada una de estas nociones se erige como actor en espacios definidos y diferenciados que, paradójicamente, se contraponen complementándose, entre lo público, para el Estado, y lo privado, para el ciudadano.

Estas nociones históricas resultan legítimas (y legitimadoras) en función de que plantean una posición y una forma de ser en lo social, en el mundo, en tanto que sujeto, en tanto que ciudadano y en tanto que integrante de esta sociedad organizada que no sólo no se contrapone a la noción de Estado, sino que lo complementa subsumiéndose en su concepción.

Así, en el periodo de la revolución francesa, se pueden encontrar cuatro sentidos de ciudadano en la Declaración Universal de Derechos del Hombre y del Ciudadano (Zapata Barrero):

- a) Como habitante de la ciudad.
- b) Como miembro del estrato burgués en contraposición con la nobleza, el clérigo o el campesinado.
- c) Como súbdito del Estado.
- d) Como persona en su cualidad de persona o *citoyen* (ciudadano).

El ciudadano es el término que referirá, así, la contraparte de un todo genérico llamado el pueblo o *le peuple*.

Durante este periodo se entrecruzan estos tres términos genéricos: hombre, ciudadano e individuo (*homme, citoyen y bourgeois*). El término **Hombre**, *L'homme* (así, genérico), se referirá a la noción de subjetividad sin vínculo alguno con instituciones; la noción de **Ciudadano**, *citoyen*, relaciona a las personas con su comunidad, y el término burgués **Individuo**, *bourgeois*, refiere cuando la subjetividad no va dirigida hacia los intereses comunes sino a sus intereses privados.

De esta forma, el reconocimiento del estatus de **hombre** va dirigido hacia el reconocimiento de derechos naturales e imprescriptibles de libertad, propiedad, seguridad y resistencia a la opresión; pero sólo hasta el momento en que se enuncia el término de **ciudadano** se concibe como sujeto poseedor de derechos políticos para participar directa o indirectamente en la configuración de la voluntad de la comunidad. En términos modernos, se concibe a la persona como poseedor de unos derechos civiles y al ciudadano como poseedor de derechos políticos, siendo los primeros un medio para poder practicar o utilizar los segundos.

Esta declaración universal pone en juego dos binomios: por un lado, el hombre público y hombre que privilegia el interés público y común con la noción de ciudadano -*citoyen*- y, por el otro, el binomio hombre privado y hombre interesado en su interés particular como individuo -*bourgeois*-. Esta separación de ámbitos, resaltarán la distinción del hombre-ciudadano, ligado al interés público y común, desplazando la descripción del hombre, en tanto individuo egoísta con intereses privados.

Por lo que se desprende que la noción de ciudadanía, que prevalecerá durante todo el periodo moderno hasta casi finales del siglo veinte, (en definición de T. H. Marshall, citado por Rivero), será la de «un estatus conferido a aquellos que son miembros plenos de una comunidad. Todos los que poseen dicho estatus son iguales con respecto a los derechos y deberes con los que el estatus está dotado» (Rivero 2001).

El estatus de la ciudadanía se definirá por la relación entre el individuo y el Estado. Si el Estado ya no está en condiciones de garantizar los privilegios, la ciudadanía puede degenerar en masa. Además, la ciudadanía es, entre otras cosas, la llave de acceso al proceso político democrático. Pero, como nos explica R. A. Dahl, no existe ningún método democrático para determinar los límites correctos de una comunidad política. Por tanto, las comunidades políticas están trazadas correctamente cuando son percibidas como legítimas por sus propios ciudadanos. Si esto no ocurriera, deberían volverse a trazar. Trazo difícil que en la práctica política cotidiana no es de uso común, cuando vemos marchas, manifestaciones, plantones demandando que estos nuevos trazos se dibujen en la configuración contractual social, cuando se rigidizan y se plantean como inamovibles los límites que el propio sistema ha establecido para la participación. Este punto de vista refleja la perspectiva liberal sobre el asunto de los límites correctos de las comunidades políticas.

Esto es pura ciencia ficción política. La ciencia política pretende demostrar que, (hoy más nunca, en este inicio de siglo veintiuno), en la práctica, la noción de ciudadanía tiene realmente vigencia y agilidad lógica para regular las tensiones existentes entre la práctica democrática y la prescripción normativa. Por lo que pretende reestablecer y reivindicar la función y atribuciones de las categorías y las entidades que se vinculan en este proceso (Estado, Partidos Políticos, Sistema Electoral, Participación política, Gobiernos Democráticos, etc.). Se han dado a la tarea de iniciar un proceso para readaptar o reformar internamente sus propias nociones y categorías, para que no muestren fisuras ni grandes vulnerabilidades a fin de seguir abasteciendo de bases teóricas «sólidas» la práctica político-jurídica de un sistema de democracia neoliberal. Privilegiando, con esto, la validez de la participación vía el sistema electoral y los partidos políticos: no existe acceso al ejercicio de la democracia y al poder si no votas o eres votado vía el sistema de partidos políticos.

III

Una vez que se ha diferenciado la sociedad de esta forma con relación a estos otros actores, surge una paradoja básica para la democracia: el Estado no es ya la «cabeza» de la sociedad, sino solamente otra de sus partes. Como resultado de ello, no es claro qué unidad o dependencia o sitio de soberanía podría representar la voluntad del pueblo, cuando hoy muy pocos le apuestan a la eficiencia del Estado y a la representatividad de los partidos políticos, (como lo demostró el 60% de abstencionismo en las elecciones de julio pasado), por lo que buscará otras vías para hacerse escuchar.

En tanto que la noción de ciudadanía se concibió dentro de la idea de Estado-Nación (que es lo que le daba sentido y significado colectivo en el imaginario social), con la globalidad, este esquema tiende a desaparecer. Mediante un proceso derivado del surgimiento de configuraciones socio-políticas recientes, que muestra la construcción de una definición de ciudadanía en relación con un modelo de democracia de mercado, moldeado, éste, por el imperativo del mercado y los medios de comunicación. Los medios se han apropiado del espacio de la opinión pública, el dinero coordina y organiza a la gente por medio de los mercados. Esto impone nuevas configuraciones identitarias.

A partir de la transformación del esquema-mundo de fin de siglo veinte, la medios masivos de comunicación irrumpen como otro actor que reconvierte el espacio del diálogo. Si bien es cierto que en el esquema de la democracia deliberativa, la opinión se convierte en deliberación participativa, que se ha de generar en los espacios asignados para ello, los medios masivos de comunicación se han adueñado de este lugar, se han apropiado del espacio de la opinión pública, han pasado de ser medios a ser agentes de opinión que determinan la agenda a discutir, dictando a la sociedad civil y el resto de actores políticos los temas que deberán pensarse y sobre los que hay que deliberar. Se concibe la participación política solo a partir de la capa-

cidad deliberativa en los medios de comunicación y a la capacidad de acceso a estos medios.

Con los medios masivos de comunicación y el mercado, «*la democracia es (cada vez más) ruidosa y se puede acreditar que México se está volviendo un lugar más ruidoso*» (Warren, 2001). Una nueva prensa que espectaculariza la realidad, con nuevos movimientos sociales y asociaciones pujantes, nuevas formas de representación dotadas con poder y una ciudadanía que es cada vez menos deferente a la autoridad. Donde hay ruido puede haber plática. Donde hay plática se pueden tomar decisiones a través de la deliberación, en lugar de ser impuestas por las autoridades. Donde hay deliberación puede haber aceptación. Donde hay aceptación hay legitimación. Y donde hay legitimación hay estabilidad y orden. Las teorías deliberativas de la democracia tratan, en última instancia, acerca de estas formas simples pero efectivas de justificación del orden y de legitimación del poder político, vía la retórica.

Así pues, al más alto nivel de generalidad, dentro del nuevo modelo neoliberal de democracia deliberativa, propuesto por Warren, las sociedades pueden tomar decisiones colectivas y organizar acciones colectivas a través de tres medios distintos: a) Las sociedades modernas pueden hacer uso del poder, normalmente aquel que ostenta el aparato administrativo del Estado; b) pueden permitir que el dinero coordine y organice a la gente por medio de mercados; c) también pueden organizar colectividades a través de las normas. Lo que distingue a las sociedades modernas es que utilizan estos tres medios, diferenciados en Estado, mercado y sociedad civil. Con toda claridad, México está en el proceso de diferenciar estas instituciones. Al limitar el alcance del Estado, tanto los mercados como la sociedad civil deberían de desarrollar sus propios tipos de poder y lógica.

Se concibe que la noción de participación política va aunada a la deliberación o la capacidad deliberativa en los medios de comunicación, como un derecho asignado o atribuido a la vida democrática de las ciudades. Es decir, que cuando se instaura la deliberación, se

democratizan las ciudades. Sin embargo, lo que se ha observado es que los medios de comunicación se han apropiado de una atribución o potestad propia de los pueblos, de la gente que habita las ciudades y las calles, para después adjudicarle a la comunicación un valor de derecho, conferido por el Estado y arrebatado a los ciudadanos. Lo que antes de la modernidad era una virtud de la interacción natural de los individuos con su comunidad, y en su espacio, que no diferenciaba entre lo público y lo privado, se restringió al ámbito de lo público, con un orden normativizado, regulado, delimitado en tiempo, espacio, circunstancia y forma.

IV

Sin embargo, posterior a esta fundamentación teórica de la noción de ciudadanía y de sociedad civil, es interesante observar, por un lado, cómo los politólogos se siguen preocupado por rediseñar racionalmente al ciudadano. Por armar una definición a la medida de las circunstancias, que requirió desde su origen y desarrollo el Estado soberano, posteriormente el Estado de Bienestar Social, y que requiere ahora el Estado Neoliberal. Y, por el otro, cómo la masa se sigue constituyendo como sujeto histórico-político.

La masa nunca ha cesado de existir bajo la forma de un tumulto que se arroja a las calles cuando hay apagones, como el de Nueva York y el resto de la región noreste de Estados Unidos; como multitud que se enfrenta a garrotazo limpio contra la policía de Los Pinos para reivindicar sus derechos, o que muestra su solidaridad incondicional, como sucedió en 1985 con el terremoto. O, en última instancia, para protestar, para hacer sentir su fuerza de movilización y su capacidad de transformación en Cancún, Seattle o cualquier plaza pública del mundo, contra las élites económicas y políticas que se han apropiado del futuro de millones.

Dos construcciones paralelas aún continúan debatiéndose en esta discusión: la del proyecto neoliberal-democrático que se erige y

autoproclama como el triunfador del proyecto político liberal (que culmina a finales de la década de los ochenta del fallecido siglo pasado). Posición por demás dominante. Y la otra, que apuesta por la reconfiguración del desarticulado y fragmentado sujeto en la Posmodernidad. Desarticulación fragmentaria que no culmina y triunfo modernista que se plantea a medias por los efectos devastadores y sus metas nunca alcanzadas.

Estas dos construcciones se seguirán entretrejiendo: por un lado, la construcción teórica de la ciudadanía racional y, por el otro, la irrupción fáctica de la masa, que culminará en una gran implosión y saturación del sujeto. La vuelta sobre sí mismo del individuo y de la masa, para empujar de nuevo al sujeto a cuestionarse sobre su presente proceso de construcción de identidades y sobre sus nuevos pactos sociales y afectivos. Ya no hay lealtades ni sacrificios por la Nación ni por el Estado, sólo negociación de beneficios, compartimiento de riesgos y pago de costos con el mercado y los medios de comunicación; en la cual la masa siempre seguirá perdiendo beneficios y pagando costos.

Sin embargo, existen otro tipo de masas que han dejado de ser capaces de reunirse en tumulto, su propiedad de masa ya no se expresa en la aglomeración, en el número; en su fuerza de presión, sino en su inserción como elemento participante dentro de los medios masivos de comunicación... dentro de espacios ficticios, virtuales, mediáticos. En el espacio mediático, donde uno es masa en tanto es individuo, sin ver a los otros, sin tocar, ni tener cuerpo, es decir, sin espacio (al menos tangible), sólo se percibe a sí mismo y al otro a través de símbolos mediáticos, de discursos y de íconos (Sloterdijk, 2000, pags. 16-17).

La identidad ciudadana se vive ahora ya no como un sentido de pertenencia a un nacionalismo que, por demás había logrado ser instaurado en el sujeto, queda desdibujado de las identidades posibles dentro de la globalidad. La identidad es vivida como un pacto de adhesión, de comunión, (casi mística), a figuras emblemáticas en

las que las hordas posmodernas son poseídas por su tótem: el gran gurú religioso, el cantante de rock, el ídolo deportista, el intelectual de moda o el líder político en turno (Maffesoli, 2001: 35-36). Es el retorno de la horda como forma de pertenencia y de afectivización, como punto de cohesión del imaginario colectivo, visto como eterno retorno trágico e ineludible del destino. Volver a las masas.

Bibliografía

- Arendt, Hanna (1969/1970). *Sobre la violencia*. México: Joaquín Mortiz.
- (1993). *La condición humana*. «La esfera pública y la privada». Barcelona: Paidós.
- Beck, Ulrich (1995/2000). *La democracia y sus enemigos*. Barcelona: Paidós.
- Borja, J. (1998). *Espacio público: ciudad y ciudadana*. Madrid: Electa.
- Diamond, Larry (1997). «Repensar la Sociedad Civil». *Metapolítica*, Vol. 1, Núm. 2, Abril-Junio, 1997. pp. 185-198. México: CEPCOM.
- Fernández Christlieb, Pablo (1991). *El espíritu de la calle*. México: U. de G.
- (1997) *La Psicología Colectiva un fin de siglo más tarde*. Barcelona: Anthropos / Colegio de Michoacán.
- Gramsci, Antonio (1931-1934/1970). «La formación de los intelectuales». *Los cuadernos de la cárcel*. Antología. México: Siglo XXI.
- Hengstenber, Peter, et. al. (editores) (1999). *Sociedad Civil en América Latina: Representación de intereses y gobernabilidad*. Caracas: Nueva Sociedad.
- Ibáñez, Tomás (2001). *Munición para disidentes*. Barcelona: Gedisa
- Ibáñez, Tomás (2001). «¿Fondear en la objetividad o navegar hacia

- el placer?», *Athenea Digital*, N° 0, Abril, 2001. (<http://antalya.uab.es/athenea/num0/tomas.htm>) (20/08/03)
- Lechner, Norbert (1994). *Los patios interiores de la democracia*. México: FCE.
- Maffesoli, Michel (2002). *El instante eterno. El retorno de lo trágico en las sociedades posmodernas*. Barcelona: Paidós.
- Melucci, Alberto (2000). *Acción Colectiva, vida cotidiana y democracia*. México: COLMEX.
- Michels, Robert (1915/1991). *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*, Vol. 1. Buenos Aires: Amorrortu.
- Mouffe, Chantal. (2000). *El retorno de lo político: comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Madrid: Paidós.
- Opazo Marmentini, Juan Enrique. (2000). «Ciudadanía y democracia: la mirada de las ciencias sociales», *Metapolítica*. N° 15, Vol. 4, julio/septiembre. México: CEPCOM.
- Podesta, Bruno (2000). *Ciudadanía y mundialización. La Sociedad Civil ante la integración regional*. México: CIDEAL-CEFIR-INVESP.
- Quiroga, Hugo (1990) *Filosofías de la ciudadanía: sujeto político y democracia*. Homosapiens.
- Rivero, Ángel, (2001). «*Ciudadanía y Globalización*». Universidad de Madrid. Conferencia presentada en el Diplomado «*El Estado contemporáneo y su reconstrucción institucional*». Memorias, CD-R. Compilación Gobierno del Estado, Xalapa, Ver., Junio-Julio.
- Rotker, Susana, et al. (comp.) (2001). *Ciudadanas del miedo*. Caracas: Nueva Sociedad.
- Sabine, George H. (1937/1996). *Historia de la teoría política*. México: FCE.
- Sader, Emir (editor) (1998). *Democracia sin exclusiones ni excluidos*. Caracas: Nueva Sociedad.
- Sloterdijk, Peter. (2000/2002). *El desprecio de las masas. Ensayo sobre las luchas culturales de la sociedad moderna*. Valencia: Pre-textos.
- Warren, Mark. (2001) «La democracia deliberativa». Universidad de

Georgetown. Conferencia presentada en el Diplomado «*El Estado contemporáneo y su reconstrucción institucional*». Memorias, CD-R. Compilación Gobierno del Estado, Xalapa, Ver., Junio-Julio.

Zapata Barrero, Ricard (2001). *Ciudadanía, democracia y pluralismo cultural: hacia un nuevo contrato social*. Barcelona: Anthropos.

Zermeño, Sergio (1991). *La Sociedad Derrotada*. México: Siglo XXI.

Notas

¹ El renacimiento o escolásticos: Maquiavelo, Tomás Moro, Lutero, Calvino, Thomas Hobbes.

² Voltaire, Rousseau, Montesquieu y los enciclopedistas.

³ John Locke, David Hume, Robert Michels.

⁴ Karl Marx, Lenin, Gramsci, Althusser, Escuela Crítica, etc.

⁵ «*La Nación es creada por el Estado. El último peldaño de este desarrollo es la construcción de un Estado soberano, en suma, de un único poder legítimo sobre una población y un territorio determinados. Nociones que, sin embargo, no van ligadas implícitamente a la de democracia. En la medida en que el Estado tenga éxito en el desempeño de sus funciones, fácilmente surgirá el sentimiento de nacionalidad entre los miembros de la comunidad política, se producirá mayor cohesión y mayor legitimidad del Estado y de la comunidad como tal.*»
Rivero, (2001).

⁶ Ver la Primera parte «El liderazgo en las organizaciones democráticas», en: Michels, (1915), pp. 67-128.

Sujetos sociales y participación social

Eulogio Romero Rodríguez

Introducción

La investigación acerca de los sujetos sociales emergentes ha cobrado cada vez mayor relevancia, los trabajos provienen hoy en día de diversas ciencias sociales, en la Sociología hemos visto un creciente interés, así como en estudios de Antropología y desde hace no mucho tiempo desde la Psicología Social. Precisamente este trabajo pretende articular reflexiones que tienen que ver, tanto con los sujetos emergentes, como con la psicología social.

La idea de sujetos sociales emergentes nos lleva a considerar una forma diferente de acercarse a la realidad social, en tanto que reconoce la potencialidad y riqueza de los hombres, las mujeres, los jóvenes y los niños, estableciendo relaciones cada día mas amplias y complejas que dan sentido a la estructura social. En ocasiones reproduciendo y en otras reconstruyendo su sociedad concreta.

Al iniciar los trabajos de investigación que dan sustento al presente trabajo, teníamos (y tenemos) presente qué, así como imaginamos una realidad social cambiante, también imaginamos a las disciplinas y en éste caso, a la Psicología Social como una disciplina en movimiento, en tanto reflejo y reflexión de esas realidades.

Pensamos que la Psicología Social no debe atenerse a un sistema teórico que la inmovilice, o que le determine caminos únicos para llegar al análisis y al conocimiento de los fenómenos psicosociales, varios importantes investigadores sobre el desarrollo de la Psicología Social, como Serge Moscovici han reafirmado esta idea:

La psicología social no puede situarse en relación a un modelo ideal o en relación a un paradigma que desempeñe el papel de un sistema normativo y que exprese más las presiones de un grupo social particular que las exigencias del descubrimiento... En este sentido, la psicología social es necesaria y constantemente imperfecta, y aquellos que la practican deberían decir, al estilo de Guillermo de Orange: «No basta esperar para emprender, ni tener éxito para perseverar» (Moscovici, S. 1970. p. 10).

Así, entendemos a la psicología social como: el resultado de prácticas concretas de individuos concretos: investigadores, docentes, estudiantes, intelectuales, o psicólogos que tienen una perspectiva epistemológica, que tienen una teoría, una metodología y técnicas específicas de sus preferencias, pero además cuentan con ideologías, intereses, emociones e intenciones. Como dice Gergen (1992), «entendemos que en nuestra condición de seres humanos normales, poseemos la facultad de razonar y tenemos emociones, intenciones, conciencia moral; estos desempeñan un papel decisivo en nuestra manera de relacionarnos con los demás». Es decir, los estudiosos de nuestra disciplina no pueden escapar a estas condiciones humanas, no podemos considerar a estas alturas de la historia, una ciencia aséptica, como repetidamente señalaba Martín-Baró. Entendemos que lo que se trata de hacer es dar coherencia, pertinencia, relacionarlo con la realidad, replantear y finalmente dar relevancia y crear, «inventar» diría Foucault. Así se hace el conocimiento, así hacemos la psicología social. Esto lo recordamos simplemente con el ánimo de hacer explícita una de las funciones de las ciencias sociales, y en especial de la psicología: *indagar los procesos de producción del conocimiento*. En esta vía, nos parece indispensable recordar a Tomás Ibáñez:

El conocimiento científico (y la propia racionalidad científica) constituye un fenómeno plenamente social, marcado, por lo tanto, por la historicidad y por las contingencias propias de todas las

prácticas humanas... Y además es necesario, aceptar que las propias ciencias sociales, y en especial la psicología social, deben girar hacia sí mismas las armas de la crítica, considerándose a sí mismas como objetos «ordinarios» del análisis social (Ibáñez, T., 1992, p. 20).

2. La noción de sujeto

La noción de sujeto es extremadamente controvertida y se manifiesta en forma paradójica: es, a la vez, evidente y no evidente. Por un lado es una evidencia obvia, dado que en casi todas las lenguas existe una primera persona del singular; pero también es una evidencia a la reflexión. Descartes indicaba que si dudo no puedo dudar que dudo, por lo tanto pienso, es decir que soy yo quien piensa. Es ese nivel donde aparece el sujeto.

Sin embargo, la noción de sujeto no es evidente: ¿dónde se encuentra ese sujeto?, ¿qué es?, ¿en qué se basa?, ¿es una apariencia ilusoria o bien una realidad fundamental? En ocasiones se le asocia con lo subjetivo.

En otras disciplinas, como la filosofía y metafísica, se confunde con el alma, con la parte divina o al menos con lo que en nosotros es «superior», ya que en el sujeto radica el juicio, la libertad, la voluntad moral, etc. Si lo consideramos desde otros ámbitos, sólo encontramos determinismos biológicos, físicos, sociológicos o culturales, y en esa lógica, el sujeto se disuelve.

Todavía vivimos una vida cotidiana influidos por el paradigma que Descartes describió: vivimos dos mundos, uno que era relevante al conocimiento objetivo, científico: el mundo de los objetos; y otro, un mundo intuitivo, reflexivo: el mundo de los sujetos.

En la ciencia clásica la subjetividad aparece como contingencia, fuente de errores. Por eso excluyó siempre al observador de su observación y al pensador, el que construye conceptos, de su concepción.

En el siglo XX hemos asistido a la invasión de la cientificidad

clásica en las ciencias humanas y sociales. Se ha expulsado al sujeto de la psicología y se ha reemplazado por estímulos, respuestas, comportamientos. Se ha expulsado al sujeto de la historia, se han eliminado las decisiones, las personalidades, para ver sólo determinismos sociales. Se ha expulsado al sujeto de la antropología, para ver sólo las estructuras, Lévi-Strauss, Althusser, Lacan liquidaron a la vez la noción de hombre y la noción de sujeto. (Morin, E., 1994).

Morin propone una definición «biológica» de la noción de sujeto, pero no en el sentido de las disciplinas biológicas actuales. Dice, en el sentido bio-lógica, que corresponde a la lógica misma del ser vivo. Además, es posible concebir científicamente la noción de sujeto porque es posible concebir la autonomía, lo que era imposible en una visión mecanicista y determinista.

Esta noción de autonomía no se relaciona con la antigua noción de libertad, que era de algún modo inmaterial y desligada de las constricciones y contingencias físicas. Por el contrario, ésta es una noción estrechamente ligada a la dependencia, y la de dependencia es inseparable de la noción de auto-organización. Heinz von Foerster dice que la auto-organización significa, obviamente, autonomía; pero un sistema auto-organizador es un sistema que debe trabajar para construir y reconstruir su autonomía y que, por lo tanto, dilapida energía, que posteriormente debe extraer del exterior; es decir que, para ser autónomo, hay que depender del mundo externo. Esta dependencia no sólo es energética, sino también informativa, pues el ser vivo extrae información del mundo exterior a fin de organizar su comportamiento (*idem*, pág. 69).

Otra noción que se debe considerar es la de individuo. El pensamiento biológico ha comprendido hace ya varios siglos que existe una relación entre la especie y el individuo. La especie era considerada un patrón, un modelo, un modelo general, del que salían ejemplares particulares, los individuos. Había otra manera de ver las cosas: «Pero la especie no existe. Nunca vemos una especie. Vemos individuos, pero jamás vemos una especie» (*idem*, pág. 71).

En un esfuerzo por encontrar una complementariedad entre especie e individuo se puede decir que el individuo es un producto, como ocurre con todos los seres sexuados, del encuentro entre espermatozoide y un óvulo, es decir, de un proceso de reproducción. Pero ese producto es él mismo productor en el proceso que concierne a su progenitura; somos productos y productores en el ciclo rotativo de la vida. Asimismo, la sociedad es sin duda el producto de interacciones entre individuos. Esas interacciones, a su vez, crean una organización que tienen cualidades propias, en particular el lenguaje y la cultura. Y esas mismas cualidades retroactúan sobre los individuos desde que nacen al mundo, dándoles lenguaje, cultura, etc. Esto significa que los individuos producen la sociedad, la que produce a los individuos.

La noción de individuo-sujeto implica, a la vez, autonomía y dependencia. En otras palabras, la definición de sujeto supone la autonomía-dependencia del individuo, aunque no se reduce a eso. Significa algo más.

El objetivo de este trabajo es proporcionar materiales de reflexión, en un intento de elaborar puntos de vista, en Psicología social, sobre ideas fundamentales como la de que la acción individual y el compromiso personal no están desvinculados de los intereses colectivos.

El problema de la Libertad tiene que ver con el sistema de relaciones del saber, y tiene una vinculación directa con las relaciones del poder que atraviesan los cuerpos para grabarse en las conciencias. Es muy importante considerar la pertinencia de trabajos que nos lleven a estudiar nuestras relaciones con los campos de poder, a través de la cual nos constituimos en sujetos que actúan sobre los otros. Pudieran considerarse, por ejemplo, las relaciones verificadas en instituciones totales (cárcel, manicomio, etc.).

El problema de la Libertad tiene que ver con lo que somos, con lo que hacemos y cómo nos percibimos. En consecuencia, tiene que ver directamente con nuestros comportamientos y sentimientos.

La hermenéutica del sujeto se inscribe en un marco de crítica de lo establecido —y por tanto de crítica del pensamiento establecido— que encuentra su razón de ser en un compromiso por la verdad y por la libertad, ya que es en la violencia instituida en donde se fraguan, a la vez, el sometimiento y el sufrimiento de muchos seres humanos. ¿No está inscrita en realidad esa violencia en unos valores morales y en unas relaciones de poder que tienden a regular las conductas y a negar las prácticas de libertad?

Para conocernos a nosotros mismos y afirmar una voluntad de verdad, para fundamentar una nueva ética, es decir, nuevos principios reguladores de las conductas, necesitamos una crítica de los valores morales. Hay que poner alguna vez en entredicho el valor mismo de esos valores, y para esto se necesita tener conocimiento de las condiciones y circunstancias en las que se desarrollaron y modificaron.

3. Procesos de participación social

En los años recientes, la participación de los sujetos en distintos procesos sociales ha sido evidente y de suma importancia. Para señalar sólo algunos, podemos mencionar el interés en el ámbito de la política, la ecología, los movimientos de género y, por supuesto, en la educación.

Consideramos la participación como un proceso que a su vez tiene relaciones con procesos de carácter psicosocial y macrosociales. Es decir, la participación tiene que ver, por un lado, con fenómenos como la identidad, las representaciones sociales, la influencia, entre otros, y por el otro, con aspectos vinculados al desarrollo social; por ejemplo: individualismo, alteridad, conflicto y cambio social.

Desde la Psicología Social contamos con instrumentos teóricos y metodológicos para incursionar en el ámbito de la participación, baste mencionar las inquietudes de muchos(as) psicólogos sociales latinoamericanos que en las últimas décadas han desarrollado esfuerzos para estudiar el problema: Ignacio Martín-Baró y un importante grupo de psicólogos, sociólogos y educadores han trabajado en

la idea de una psicología social de la liberación; los colegas que desde los años sesenta han propugnado por una psicología social comunitaria; los estudios que se están realizando sobre la participación ciudadana, la ciudadanía práctica, entre otros.

Ante este problema, podemos iniciar las reflexiones preguntándonos: ¿Cuáles son los principales obstáculos y cuáles son los principales factores que facilitan y qué influyen en la participación social?

Para iniciar los primeros intentos de respuesta, retomamos una brillante investigación: «Procesos Psicosociales y Participación» de María de la Luz Javiedes, Luz R. y Georgina Flores de la UNAM (*Psic. Soc.* No. 1, 2002).

En cuanto a los principales obstáculos, se consideran aquellos factores que inhiben la participación y pueden provenir de la comunidad, el programa y el propio individuo (sujeto social), algunos de estos son: el individualismo, la desinformación, programas verticales, poder centralizado, conflicto, desorganización, etc.

Sobre algunos generadores del proceso participativo y que se expresan en niveles o universos se puede mencionar a la comunidad: en la que se encuentra el factor de sentido de comunidad, el cual se relaciona con la percepción del entorno, las relaciones sociales, las creencias, actitudes y valores, que afectan la percepción de un problema supraindividual o colectivo, dando lugar a la participación.

En el universo del programa, las relaciones que se dan entre la ideología y las estrategias que conllevan, las actitudes y creencias que genera; mismas que regulan la identificación, la cooperación y, por lo tanto, la participación.

En el universo individuo se contemplan atributos como: género, edad, escolaridad, status y parentesco, que determinan y matizan la dinámica de roles; que presupone, a su vez, una organización donde ocurre un aprendizaje mutuo y, finalmente, la resultante afecta la participación.

Este modelo propuesto muestra que en la génesis de la participación intervienen procesos que suceden a lo largo del tiempo y en

diferentes universos; también permite entender que la participación no se ve afectada directamente por factores absolutos o únicos, sino por diversos factores que pueden actuar indirectamente.

Bibliografía

- Flores, Georgina y Javiedes, María de la Luz (2002). «Procesos psicosociales y participación», *Psic. Soc. Revista Internacional de Psicología Social*, Vol. 1, No. 1, pp. 35-46. México.
- Gergen, Kenneth. J. (1992). *El Yo Saturado*. Barcelona: Paidós.
- Ibáñez, G. Tomás. (1989). *El Conocimiento de la Realidad Social*. Barcelona: Sendai.
- Morin, Edgar (1994). «La Noción de Sujeto», en: *Paradigmas, Cultura y Subjetividad*. Barcelona: Dora Fried S. / Paidós.
- Moscovici, Serge; Mugny, Gabriel y Avermaet, Hedi Van (1985). *Perspectives on Minority Influence*. Great Britain: Cambridge University Press.

Hacia una psicología sociopolítica

Héctor Meza Aguilar

Introducción

El presente trabajo es la primicia de una investigación más ambiciosa y de largo alcance. No obstante, expone los objetivos generales que la animan, las principales ideas que le dan fundamento, traza la estructura argumentativa o ruta crítica a desarrollar, y vislumbra nuevos retos y necesidades precisas, para el desarrollo conceptual de una psicología que, dada la inmanencia y consustancialidad de las dimensiones social y política, no puede más que ser nombrada con una expresión que evidencie ese hecho. Es un proyecto que, frente al polémico y controvertido asunto de definir a las psicologías social y política (Billig, 1986; Montero, 1987 y 1991; Ibáñez, 1993; Seoane, 1988; Sabucedo, 1996: 17-41; Meza, 2002: 166-167), parte de la existencia de razones históricas y conceptuales profundas (emanadas del devenir de las sociedades humanas y de la evolución de la ciencia), que revelan, reordenan, resignifican y confirman a la psicología como una disciplina eminentemente *sociopolítica*.

Hermenéutica para visualizar una revolución científica

La segunda guerra mundial fue un acontecimiento determinante para el desarrollo de la psicología social del siglo XX (Cartwright, 1979; Pepitone, 1981, en: de la Rosa, Meza y Vázquez, 1988; Ibáñez, 1990: 47-110). Las diversas circunstancias que generó, la convirtieron en

un importante catalizador que dio lugar a grados de desarrollo, fisonomías y predominancias, claramente diferenciadas entre las perspectivas psicosociológicas europea y norteamericana. El empleo metafórico de este término, acuñado en el campo de la química, resulta particularmente acertado porque los efectos de acelerar o retardar una reacción que produce la catálisis son, precisamente, los que la guerra imprimió a las tradiciones mencionadas. Así, mientras que la guerra determinó condiciones que favorecieron que la psicología social norteamericana experimentara un periodo de vertiginoso desarrollo y crecimiento, convirtió a Europa en un escenario adverso que paralizó prácticamente todo avance de su tradición psicosociológica (Cartwright, 1948, 1961, 1979; Pepitone, 1981, en: de la Rosa, Meza y Vázquez, 1988; Ibáñez, 1990: 47-110).

Durante las primeras décadas del siglo pasado la psicología social norteamericana se estableció como un campo legítimo de investigación empírica, desarrollando sus formulaciones teóricas y metodológicas básicas. Hacia la mitad de los años treinta contaba con las herramientas adecuadas que le permitirían enfrentar la multiplicidad de problemas sustantivos que un ambiente social enrarecido por la guerra le plantearía. En esa década el ascenso del nazismo en Alemania, caracterizado por un fuerte antiintelectualismo y antisemitismo, obligó a emigrar a Norteamérica a muchos científicos, académicos y artistas destacados. Sus aportes en todas las áreas de la ciencia y la cultura fueron muchos. Y nuestro interés es, precisamente, retomar los particularmente significativos para la psicología social. Así, personajes como Lewin, Heider, Köhler, Werthamer, Katona, Lazarsfeld, etc., trajeron a la psicología social estadounidense un punto de vista fresco y estimulante que transmitieron a sus colegas y alumnos. Psicosociólogos sobresalientes como Asch, Krech, Crutchfield, Merton, Campbell, Likert, French, Zander, Festinger, Kelly, Thibaut, Deutsch y Schachter, entre muchos otros, desempeñaron un importante papel en el desarrollo subsecuente de la disciplina, e hicieron extensiva su influencia y la de esas personalidades a

través de su participación en la formación de las nuevas generaciones de psicólogos (Cartwright, 1979, y en de la Rosa, Meza y Vázquez, 1988: 58-64)¹.

Después del ataque a Pearl Harbor, la participación estadounidense en la guerra fue inevitable y llevó a su gobierno a reclutar psicólogos sociales para que asesoraran en la solución de los problemas que ese país enfrentaba. Los psicólogos trabajaron en la investigación de una gran cantidad de temas para su gobierno, mismos que un observador participante como Cartwright (1948 y 1979, y en de la Rosa, Meza y Vázquez, 1988:59) identificó y sintetizó (una vez finalizado el conflicto) en un breve listado: la edificación de una moral civil y el combate a la desmoralización; las actitudes domésticas, necesidades e información; la moral enemiga y la psicología de la guerra; la administración militar; las relaciones internacionales; y los problemas psicológicos de una economía de guerra. La atención de este tipo de problemas llevó a que se orientaran todos los esfuerzos a convertir a la psicología social en una disciplina aplicada, es decir, más preocupada por el desarrollo, depuración y diversificación de técnicas de investigación e intervención, que por la teoría, cuyo desarrollo fue notoriamente menos espectacular². Sin embargo, esa dinámica permitió la acumulación de una gran cantidad de información y la apertura de nuevas y diversas áreas de investigación; amplió la visión de los psicólogos con respecto a su campo disciplinario y a su función en la sociedad. Consolidando a la psicología social norteamericana como un campo legítimo de especialización, digno del reconocimiento y apoyo de la sociedad (Cartwright, 1979, y en de la Rosa, Meza y Vázquez: 59-60; Pepitone, 1981, en: de la Rosa, Meza y Vázquez: 86-96; Ibáñez, 1990: 71-85).

Al finalizar la guerra, el campo disciplinario en norteamérica había cambiado sustancialmente y tenía un futuro promisorio y optimista. El apoyo gubernamental, institucional y empresarial se tradujo en la ampliación y creación de nueva infraestructura de investigación. Así, los centros de investigación recién creados y sus propues-

tas fueron acogidos con beneplácito y fuertes apoyos financieros; se abrieron programas de doctorado en las principales universidades, y en unos cuantos años se formaron más psicólogos sociales que en toda la historia de la disciplina en ese país. Además, se crearon nuevas publicaciones que permitieron el acceso a un mayor volumen de investigaciones especializadas (Cartwright, 1979, y en de la Rosa, Meza y Vázquez: 60-64; Ibáñez, 1990: 71-85). En un periodo de diez años la psicología social norteamericana se había convertido en el exponente más desarrollado, prolífico e influyente, que la colocaron en una posición de inminente liderazgo en el campo disciplinario en todo el orbe. El hecho de que casi la totalidad de la confrontación bélica tuviera por principales escenarios a Europa, Asia y África, constituyó una fuente de circunstancias ventajosas para que, simultánea y paulatinamente, se hiciera extensivo el liderazgo estadounidense a otros ámbitos como el militar, el económico y el político. Esto, porque los daños en su territorio no sólo fueron relativamente menores; sino que dicha situación transformó a la guerra en un motor de desarrollo en muchos aspectos (como lo demuestra el estado de su economía al termino de la guerra). Con la firma del armisticio empieza la reconstrucción y la reactivación de las economías afectadas y paralizadas de Europa. Se abre un periodo de expansión económica en el que norteamérica tendrá una participación muy influyente no sólo en el terreno de la inversión de capital o «ayuda» financiera, sino también en la científica y tecnológica. En rigor, los planes de reactivación económica se convirtieron simultáneamente en un conjunto de vías de difusión de los desarrollos científicos y tecnológicos predominantes en los Estados Unidos, incluida, por supuesto, su psicología social.

Ya en plena posguerra, los países europeos restablecerán paulatinamente su dinámica y los psicólogos sociales retomaran su campo disciplinario. El periodo de latencia en el que permaneció su tradición psicosociológica fue tan contrastante con los avances y el predominio alcanzado por la norteamericana que era ineludible tenerla

por interlocutor. Para retomar su tradición había que conocer cuál era el estado del arte en psicología social, y la psicología estadounidense ocupaba ya en ese momento el lugar del conocimiento de frontera en el campo disciplinario. De tal suerte que la psicología social europea de la posguerra tuvo que emprender, como tarea prioritaria, un trabajo de confrontación y análisis crítico con la psicología social estadounidense. Por la manera particular en que experimentaron la guerra, Francia y Suiza sufrieron comparativamente pocos daños; sus circunstancias les permitieron emprender e impulsar dicha tarea más rápidamente que los países que sufrieron un alto grado de destrucción. Favorecieron su realización a través de agrupaciones gremiales internacionales como la Asociación Europea de Psicología Social Experimental, fundada en 1966, y otros centros de investigación e intercambio como el Laboratorio de Psicología Social de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, fundado en París, en 1965, por Serge Moscovici. El resultado global de la revisión y confrontación entre ambas tradiciones se expresaría cabalmente en la severa crisis disciplinaria de la década de los setenta. Colegas de ambas posiciones experimentaron y expresaron una profunda insatisfacción con el tipo y grado de desarrollo alcanzado por la psicología social (Smith, 1972; Moscovici, 1972; Gergen, 1973; Elms, 1972 y 1975; Doise, 1976 y 1980; Ibáñez, 1990: 135-146); ésta fue duramente criticada, de entre otros aspectos, por su antiteorismo y un excesivo empirismo, por su énfasis individualista y psicologizante, por su ahistoricismo y ambigüedad en la definición de su objeto de estudio, por cumplir acríticamente con una función ideológica de control y dominación, por su carácter fragmentario y su aislamiento relativo de las demás ciencias sociales (López-Garriga, 1983; Ibáñez, 1990: 135-146).

Uno de los primeros e importantes frutos de esa confrontación crítica fue la publicación del trabajo *Social Influence and Social Change* de Moscovici (1976), cuya traducción al español aparecería cinco años después con el título *Psicología de las Minorías Acti-*

vas (Moscovici, 1981). Este trabajo es un claro ejemplo de ese ejercicio crítico. En él se analiza pormenorizadamente el modelo de influencia social desarrollado por la psicología estadounidense, para evidenciar cómo, los presupuestos básicos de la perspectiva paradigmática funcionalista a la que ésta se adscribe, desembocaron en sesgos valorativos y preferencias temáticas en la investigación. Las cuales terminaron por ser reduccionistas al omitir parte de la realidad de los procesos de influencia. El ahistoricismo, la excesiva preocupación por los sistemas y el mantenimiento perenne de su funcionalidad, llevaron a este modelo a sobre estimar y privilegiar el interés por el control social, el consenso, el conformismo, la uniformidad, la mayoría, el grupo, etc., sobre todos sus contrarios; y cabe señalar que, desde esa óptica, se hicieron invisibles la negatividad de estos tópicos sobre valorados y la positividad de sus contrapartes. Mediante la confrontación sistemática de la lógica del modelo, con la que expresaba la evidencia experimental en ese entonces, ésta obra no sólo reveló los sesgos, inconsistencias, contradicciones, omisiones y deficiencias del mismo, sino que, recuperando también sus aciertos, derivó intuitivamente un modelo alternativo como vía de superación de tales inconvenientes. Así, el *modelo genérico* posibilitó la elaboración de la teoría de la influencia minoritaria que, conjuntamente con la de representación social (Moscovici, 1961), contribuirían a reactivar una psicología europea, cuyo desarrollo a lo largo de la segunda mitad del siglo pasado estuvo inspirado y orientado en gran medida, aunque no exclusivamente, por estas valiosas contribuciones que la convertirían, en última instancia, en una corriente alternativa, tanto teórica como metodológicamente, a la norteamericana (Herzlich, 1969; Deconchy, 1973 y 1980; Pagés, 1973 y 1976; Tajfel, 1978; Tajfel y Turner 1979 y 1986; Moscovici, 1961, 1975, 1976, 1985 y 1986; Doise, 1976 y 1980; Flament, 1979; Doise, Dschamps y Mugny 1980; Mugny, 1980; Doise y Mugny 1981; Ibáñez, 1982, 1988, 1990, 1993, 1995 y 1996; Jodelet 1983; Pérez y Mugny 1991; Moscovici, Mugny y Pérez 1991).

De entre los diversos cuestionamientos que Moscovici hace al modelo funcionalista hay uno destacable por su relevancia intrínseca y por la que tiene para los objetivos del presente trabajo. Hacia el final del capítulo que cierra la primera parte de su *Psicología de las minorías activas*, Moscovici (1981:68-91) esclarece y enumera una serie de equívocos y supuesto apresurados, desprendidos de una relación evidente entre el poder y la influencia; pero todavía insuficientemente investigada. Más precisamente, afirma que los desaciertos son resultado del uso indiferenciado de los conceptos de poder e influencia, mismo que ha propiciado la ambigüedad, de tal suerte que si en algunas ocasiones se les maneja como constructos distintos, en otras serán equivalentes hasta el extremo de la sinonimia. No obstante la indefinición y poca claridad, el enfoque funcionalista acepta como hipótesis tácita que el poder es la fuente única de influencia, y que ésta es tan sólo la mera consecuencia o instrumento para ejercerlo. La adopción de la relación causal implícita en esta hipótesis llevó a dicho modelo a presuponer una relación entre jerarquía y conformidad. Porque desde esa perspectiva determinista (y por ende unidireccional) es perfectamente lógico inferir que el grado de conformidad del blanco (el resultado inexorable de la influencia) está en función de la jerarquía de la fuente de influencia (la cantidad de poder que posee), o bien, de las formas en que la jerarquía se concreta. A saber, en: el status del individuo (el líder y por ende representante de la mayoría); o la autoridad del grupo (la mayoría). Así, la asimetría resultante de la posesión de poder y recursos hace que la dependencia (que las personas experimentan como ambigüedad e incertidumbre) sea sobrevaluada y se le considere una variable independiente, esto, en tanto que aparece como la razón última (la necesidad de reducir la ambigüedad y la incertidumbre) de que los procesos de influencia operen.

Moscovici demostrará fehacientemente que ni las pruebas experimentales ni los argumentos teóricos esgrimidos por el modelo funcionalista permiten atribuir el origen y la eficacia de la influencia

social a la ambigüedad y a la incertidumbre y, por lo tanto, a la mera dependencia. Demuestra que esos estados mentales no son condiciones necesarias y suficientes de la influencia y que ambos, ambigüedad e incertidumbre, son resultados de la misma antes que datos preexistentes. Este hecho lo lleva a evidenciar la necesidad de indagar entorno a la génesis de esos «resultados», es decir, a investigar su origen y su formación en el seno de la interacción social.

No se debe perder de vista que la dependencia es una concreción del poder, y que la ambigüedad y la incertidumbre lo son a su vez de la dependencia. Asumir a ésta última como factor causal es establecer una relación del mismo orden de determinancia entre el poder, la dependencia, la ambigüedad, la incertidumbre, y la influencia. Al considerar a estos cuatro últimos factores como resultantes de un proceso constitutivo o formativo, Moscovici no hace otra cosa que evidenciar y rechazar el ahistoricismo del funcionalismo, y con ello adoptar una postura alternativa implícita: un enfoque *genético* de la influencia social. Hecho que, a su vez, lo lleva a hacerse una pregunta, que por los presupuestos básicos inherentes al funcionalismo, difícilmente se habría formulado respecto al primer factor de los cinco que constituyen la cadena causal descrita anteriormente: ¿cuál es el origen del poder?.

En su intento por esclarecer la relación entre poder e influencia real, retoma los planteamientos de French y Raven (1959), quienes comulgan con la teoría del poder como origen de la influencia y establecen una distinción fundamental entre dos tipos de poder: el poder coercitivo y el poder normativo. En el primero la coerción se ejerce a través del manejo de los recursos físicos y mediante la distribución de recompensas y castigos. El segundo opera por la legitimación de los papeles o roles a través de la atribución de competencias sobre la base de valores y normas. Moscovici resalta la importancia especial que el poder normativo tiene en virtud de que su eficacia depende del grado de aceptación de valores y normas, y de un proceso persuasivo previo para la aceptación de una relación de dependencia. Esto sucede en la misma forma en que se establece una relación

con un experto, por ejemplo, un médico, en donde es necesario, para que una persona le atribuya capacidad y valor a sus opiniones, que haya sido influida y convencida previamente de que éste posee un saber verdadero, que le otorga la confiabilidad que no se le puede conferir a un curandero.

Al basarse fundamentalmente en el uso de la fuerza, el poder coercitivo esta menos emparentado con los procesos de influencia y reviste, por lo tanto, un menor interés. Más aún, tendencialmente este suele entrar en operación cuando el poder normativo pierde eficacia por la modificación, debilitamiento o abandono de valores; tal como ocurrió en el momento en que el curandero fue desplazado por el médico. Moscovici afirma que, por su naturaleza, el poder coercitivo no puede transmitir ni resucitar valores y, por lo mismo, no puede legitimarse. Por esa razón las sociedades crean y mantienen instituciones paralelas a las encargadas de dar operatividad al poder coercitivo, que mediante la transmisión de valores, normas e ideologías, cubren esa importante función: legitimar al poder. Moscovici tiene una concepción de las funciones y la relación entre ambos poderes análoga a la que tiene Althusser (1972) de los aparatos ideológicos y represivos que maneja el Estado para establecer y mantener el control social. En este caso, los aparatos ideológicos son equivalentes al poder normativo, como los represivos lo son al poder coercitivo. De igual forma ocurre con su relación: se utilizaran preferentemente los correspondientes a la primera equivalencia para persuadir y legitimar los cambios o conformidades provocados y, en caso de fallar, se recurrirá a los de la segunda, esto es, a la fuerza, o viceversa. Los primeros tendrán por principal función generar efectos basados en la conformidad, y los segundos basados en el sometimiento. Así, en su intento de clarificar la relación entre poder e influencia, Moscovici arribará apoyándose en dos argumentos principales, a la que será su conclusión central.

El primero se desprende del hecho de que si el poder presupone a la influencia, y es en parte resultado de ella, no podemos considerar-

lo como causa de la influencia, porque a su parecer no es posible reunir en una sola entidad las dos funciones. Puesto que, a pesar de que reconoce que ambos son fenómenos análogos, y que están inevitablemente asociados, sólo admite que su relación no es unidireccional, y sostiene que el poder no es condición necesaria de la influencia, motivo suficiente, a su parecer, para diferenciar y autonomizar ambos conceptos.

El segundo argumento parte del hecho de que las sociedades son conscientes de que es más conveniente y menos costoso que la aceptabilidad del poder dependa de la persuasión y la conformidad, más que de la fuerza y el sometimiento. Es por eso que hacen un uso diferenciado y cuidadoso de los instrumentos de poder y de influencia, y en la medida que la teoría define y describe muy incipiente y confusamente sus relaciones, estas son razones suficientes para considerarlos fenómenos distintos y autónomos. Por lo tanto, concluye que un tratamiento por separado «tendría más posibilidades de conducirnos a explicaciones satisfactorias de sus mecanismos de base.» (Moscovici, 1981: 90).

En su momento, tales conclusiones fueron interesantes pero poco convincentes en muchos aspectos, y lo serían cada vez más con la aparición y difusión paulatina de nuevos avances en la investigación en la temática del poder. Resulta sorprendente que frente a la cuantiosa evidencia fáctica que hace innegable la existencia de múltiples y estrechas relaciones entre poder e influencia se insistiera tanto en las discontinuidades y las autonomías, más que en sus contrarios. Desde nuestro punto de vista, la razón fundamental que llevó a Moscovici en ese momento a adoptar esa posición fue la de *carecer de un concepto general abstracto* como el desarrollado por Michel Foucault. Foucault es uno de los pocos teóricos sociales que a través de una serie de contundentes y eruditas investigaciones históricas y empíricas construyó tal conceptualización. Por tal motivo, su abordaje es indeclinable para el presente trabajo, aunque de momento, por razones de espacio, lo reservaremos para futura ocasión. Sin em-

bargo, no podemos dejar de subrayar que la vasta obra de Foucault se desarrolló en tres etapas, caracterizadas por sus intereses teóricos centrales: *el discurso, el poder y la moral*.³ Y aunque el interés por estas tres temáticas estuvo presente en toda su obra, será hasta principios la década de los setenta en que el poder se convertirá explícitamente en el tópico fundamental (Ceballos, 1994: 19-31), y producirá, como un primer e importante fruto, la publicación de su trabajo *Vigilar y castigar*, justo a la mitad de esa década, en el año de 1975 (Foucault, 1976). Este hecho es relevante en virtud de que la difusión de los primeros hallazgos, que darán base a su visión, aparecieron apenas un año antes de que Moscovici publicara su *Social influence and social change*; razón por la que éste último autor difícilmente pudo haber tenido conocimiento, al menos suficiente, de ésta contribución. El primer volumen de *La historia de la sexualidad: la voluntad de saber*, de Foucault (1976), apareció el mismo año que éste trabajo de Moscovici. En 1979 aparecerán los textos y entrevistas que dan contenido a la *Microfísica del poder* (Foucault, 1980), que junto con los dos últimos volúmenes de *La historia de la sexualidad, el uso de los placeres y la inquietud de sí*, respectivamente, ambos publicados en 1984 (Foucault, 1984 y 1987), completarán su conceptualización del poder y darán un viraje hacia la moral; la cual constituirá el interés teórico central de la última etapa de su obra (Foucault, 1984: 7-33; Ibáñez, 1982: 83-125; Ceballos, 1997: 19-32; Ritzer, 2002: 567-578; Meza, 2002: 175-182).

Moscovici se manejará con un concepto de poder intuitivo que está fuertemente centrado, de acuerdo a la conceptualización foucaultiana, en el modelo o paradigma jurídico de poder, que Foucault descubre y que constituye una visión centralizada, estatista, negativista y reduccionista. Sin embargo, este hecho no impidió que la agudeza de sus intuiciones le permitiera descubrir, en el análisis de la interacción, aspectos coincidentes con los atributos del poder descubiertos por Foucault en el proceso de desplazamiento histórico del paradigma jurídico por el estratégico. Atributos frente a los cuales el

modelo jurídico era completamente ciego. Estas coincidencias con la visión foucaultiana son fundamentales ya que podremos constatar que constituirán las condiciones de posibilidad para que Moscovici pudiera desarrollar su modelo genético de influencia social.

No podemos finalizar ésta hermenéutica dejando inadvertido un asunto de interés toral para el presente trabajo, y que tiene una estrecha relación tanto con el surgimiento, desarrollo y planteamientos en torno al poder del modelo genético de influencia social, como con la analítica foucaultiana. Es indispensable enfatizar que el desarrollo y consolidación de ambas formulaciones constituyen claros ejemplos de los procesos de desplazamiento paradigmático descubiertos y revelados por Kuhn (1971) en su magistral y contundente ensayo *La estructura de las revoluciones científicas*. Los lúcidos planteamientos de este físico e historiador de la ciencia hicieron comprensibles estos procesos al elucidar las distintas circunstancias y derroteros que dichas transformaciones pueden seguir, así como los diversos resultados que en términos generales se pueden esperar de tales confrontaciones. Demuestra, además, que el estudio histórico de los cambios teóricos y paradigmáticos revela características muy similares y análogas a los verificados en la evolución de las ciencias; que son perfectamente visibles, (de entre muchos otros ejemplos que el propio Kuhn nos proporciona), en el caso del desplazamiento del modelo de influencia social funcionalista a el genético, que reseñamos brevemente líneas atrás. Pero también resulta especialmente relevante e ilustrativo el caso del modelo genético y la analítica foucaultiana en la medida que, en lo que a conceptualización del poder se refiere, entre ambas formulaciones ocurre un desplazamiento análogo al que se efectuó entre la dinámica de Newton y la dinámica relativista de Einstein (Parker, 2002). Así, podremos constatar cómo ésta analogía adquiere verosimilitud a la luz de las aportaciones de Kuhn (1971: 149-175). Por el momento sólo es necesario asentar que en ella, con el debido respeto para los implicados y sus valiosas y respectivas aportaciones: Newton es a Moscovici como Einstein es a

Foucault. El avance ulterior de éstas indagaciones nos permitirá explicitar, (inicialmente de manera indicativa, y en el futuro de forma exhaustiva), las transformaciones, ventajas, nuevos retos y betas de investigación que ésta revolución científica trae para una psicología que erráticamente escinde dos dimensiones indisolubles, y que expresan *su esencia irrestrictamente sociopolítica*.

Bibliografía

- Althusser, L. (1972). *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Billig, M. (1986). «Political psychology and social psychological theory», en: Browerwr, et al. (Eds.) *The Political Psychology Netherlands*, Amsterdam: Mella Russa.
- Cartwright, T. D. (1948). «Social psychology in the United States during the second World War», *Human Relations*, 1, pp. 333-352.
- (1961). «A decade of social psychology», en: R.A. Patton (ed.). *Current trends in psychological theory*. pp. 9-30. Pittsburg: Pittsburg University Press.
- (1979). «Contemporary social psychology in the historical perspective», *Social Psychological Quaterly*. 42, pp. 82-93.
- Ceballos, H. (1997). *Foucault y el poder*. México: Ediciones Coyoacán.
- Deconchy, J. P. (1973). «Sistèmes de croyances et comportements orthodoxes», *La Recherche*, 4, pp. 35-42.
- (1980). *Othodoxiereligieuse et sciences humaines*. París: Mouton
- De la Rosa, G.; Meza, H. y Vázquez, J. (1988). *Historia de la Psicología Social*, Volumen 1. México: UAM-I.
- Doise, W. (1976). *L'articulation Psychologique et les relations entre groupes*. Bruselas: De Boeck.
- (1980). «Levels of explication in the European Journal in So-

- cial Psychology», *European Journal in Social Psychology*, 10, pp. 213-231.
- Doise, W.; Deschamps, J. C. y Mugny, G. (1980). *Psicología Social Experimental*. Barcelona: Hispano Europea.
- Doise, W. y Mugny, G. (1981). *Le Développement Social de l'intelligence*. Paris: Interéditions.
- Elms, A. C. (1972). *Social Psychology and Social Relevance*. Boston: Little Brown.
- (1975). «The crisis in confidence of social psychology», *American Psychologist*, 30, pp. 967-976.
- Eridon, D. (1992). *Michel Foucault*. Barcelona: Anagrama
- Foucault, M. (1976). *Vigilar y castigar*. México: Siglo XXI.
- (1977). *Historia de la sexualidad 1: la voluntad de saber*. México: Siglo XXI
- (1980). *Microfísica del poder*. Madrid: La piqueta.
- (1984). *Historia de la sexualidad 2: el uso de los placeres*. México: Siglo XXI.
- (1987). *Historia de la sexualidad 3: la inquietud de sí*. México: Siglo XXI.
- French, J. R. P. y Raven, B. H. (1959). «The bases of social power», en: Cartwright, T. D. (ed.), *Studies in Social Power*. pp. 118-149. Ann Arbor: University Michigan Press.
- Gergen, K. (1972). «Social Psychology, as History», *Journal of Personality and Social Psychology*. 26, pp. 309-320.
- Herzlich, C. (1969). *Santé et maladie: analyse d'une représentation sociale*. Paris: Mouton.
- Ibáñez, T. (1982). *Poder y libertad*. Barcelona: Hora.
- (1988). «Representaciones sociales: teoría y método», en Ibáñez, T. (comp.). *Ideologías de la vida cotidiana*. Barcelona: Sendai.
- (1990). *Aproximaciones a la psicología social*. Barcelona: Sendai.
- (1993). «La dimensión política de la psicología social», en: Montero, M. y Dorna, A. *Psicología Política*. Bogota: Editorial ABC, pp. 19-34.
- (1995). «Constructivismo y psicología», en: Gordon-López, A.

- J. y Linaza, J. L. (comps.). *Psicología, discurso y poder*. pp.325-338, Madrid: Visor.
- (1996). «La ideología y las relaciones entre grupos», en: Bourhis, L. Y. y Leyens, J. P., *Estereotipos, discriminación y relaciones entre grupos*. Madrid: McGraw Hill.
- Jodelet, D. (1983). «The representation of the body and its transformation», en: Farr, R. y Moscovici, S. (eds.), *Social Representations*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Khun, T. S. (1971). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: FCE .
- López-Garriga, M. M. (1983). «Hacia una reorientación de la psicología social después de la crisis», *Revista Mexicana de Sociología*, abril-junio, pp. 705-726. México: UNAM-Instituto de Investigaciones Sociales.
- Meza, H. (2002). «Poder, género y psicología social», *Polis 02*, Vol. Uno. pp. 153-184. México: UAM-I .
- Montero, M. (coord.) (1987). *Psicología Política Latinoamericana*. Caracas: Ponapo.
- (1991). *Acción y discurso. Problemas de Psicología Política en América Latina*. Venezuela: EDUVEN.
- Morales, J. F. y Molero F. (1994). «Participación Política no Convencional», en: Morales, J. F. et al., *Psicología Social*. pp. 861-864. Madrid: McGraw Hill.
- Moscovici, S. (1961). *La psychanalyse, son image et son public*. París: PUF.
- (1972). «Society and theory in Social Psychology», en: Israel, J. y Tajfel, H. (eds.), *The Context of Social Psychology: A Critical Assessment*. European Monographs. Londres: Academic Press.
- (1975). *Introducción a la Psicología Social*. Barcelona: Planeta.
- (1976). *Social Influence and Social Change*. Londres: Academic Press.
- (1981). *Psicología de las minorías activas*. Madrid: Morata.
- Moscovici, S.; Mugny, G. y Pérez, J. A., (1991). *La Influencia Social Inconsciente*. Barcelona: Anthropos.

- Mugny, G. (1980). *El poder de las minorías*. Barcelona: Rol.
- Pagés, R. (1973). «L'inégalité des systèmes d'emprise á différents niveaux et leur interaction», *Epistémologie et Sociologie*, 15-16, pp. 97-117. ⁴
- Pagés, R. y Lemoine, C. (1976). *L'emprise analytique: réaction des sujets á l'analyse et á ses modalités d'appropriation ou d'aliénation. mimeo*, Laboratorio de Psicología Social de París. París: Parker T. S.
- (2002). *El universo de Einstein*. México: Aguilar.
- Pérez, J. A. y Mugny, G. (1991). *El conflicto estructurante. Veinte años de psicología social experimental de la Escuela de Ginebra (1970-1990)*. Suplementos Anthropos, núm. 27, Barcelona: Anthropos.
- Ritzer, G. (2002). *Teoría Sociológica Moderna*. pp. 567-578. Madrid: McGraw Hill.
- Sabucedo, J. M. (1996). *Psicología Política*. Madrid: Síntesis
- Sagré, F. (2001). «Michel Foucault: una arqueología del ser humano», *El garabato*, pp. 4-7. México: Fundación Humanismo Cívico.
- Seoane, J. (1987). «El concepto de psicología política», en: Seoane J. y Rodríguez, A., *Psicología Política*. Madrid: Pirámide.
- Smith, M. B. (1972). «Is a experimental social psychology advancing?», *Journal of Experimental Social Psychology*, 8, pp. 86-96.
- Tajfel, H. (1978). *Differentiation between social group: studies on the social psychology of the intergroup of relations*. Londres: Academic press.
- (1986). «The social identity theory of intergroup behavior», en: Worchel, S. y Austin, W.G. (eds.) *Psychology of intergroup relations*. Chicago: Nelson-Hall.
- Tajfel, H. y Turner, J. C. (1979). «An integrative theory of intergroup relations», en: Austin, W. G. y Worchel, S. (eds.) *The social psychology of the intergroup relations*. Belmont, C. A: Wasworth.

¹ Para que el lector poco familiarizado con la psicología social y su historia puedan comprender cabalmente las valiosas contribuciones del contingente de filósofos, sociólogos y psicólogos que la barbarie nazi desplazó hacia los Estados Unidos, sugerimos la consulta del libro *Aproximaciones a la Psicología social* de Tomas Ibañez (1990: 71-85). A partir de ésta fuente se podrá constatar cómo éstos célebres personajes y sus destacados colegas y alumnos, enriquecieron a la disciplina con nuevas temáticas y métodos de investigación, pero, sobre todo, fueron los responsables de sentar las bases de un importante desarrollo teórico del que la psicología estadounidense carecía, y que constituyó una de las influencias relevantes que la tradición europea recuperaría posteriormente.

² Pepitone (1981) en: de la Rosa, Meza y Vázquez, 1988: 86-97) es mucho más preciso y específico en la enumeración de algunos de los muchos temas o campos de investigación que la guerra abrió y sobre los que se centró la atención de la psicología social norteamericana. Para él, un análisis histórico estaría incompleto sin mencionar las relaciones intergrupo, el liderazgo, la propaganda, las organizaciones, el comportamiento político (que desafortunadamente la mayoría de las investigaciones reducen al voto o comportamiento electoral, y que desde hace algunos años se le ha calificado de comportamiento político convencional (Morales, 1995: 861-874; Sabucedo, 1996: 85-97), dejando en claro que el universo posible incluye un gran número de comportamientos no convencionales o fuera de ese marco, la conducta económica (refiriéndose fundamentalmente al consumo) y la psicología ambiental. Pepitone nos advierte que estos tópicos fueron clasificados como psicología social «aplicada», menospreciándolos por no ser elaboraciones propias de la ciencia «pura». Y bajo esa etiqueta se les considera áreas ateóricas, originando que quienes están en la perspectiva purista simplemente les ignoren como si eso les restara relevancia. El verdadero problema está en concepciones dicotómicas que no admite continuidad o relación alguna entre conocimiento y técnica, entre teoría y práctica, o entre el saber y el hacer. Una concepción así obliga absurdamente a tomar partido por alguno de los polos, más que a una comprensión que supere la falacia de asumirlos como procesos mutuamente excluyentes.

³ En la primera etapa su interés se centra en descubrir las reglas internas de las formaciones discursivas; el análisis del discurso transcurre en obras como *Enfermedad mental y personalidad* (1954), *Historia de la locura en la época clásica* (1961), *El nacimiento de la clínica* (1963), *Las palabras y las cosas* (1965), hasta llegar a la *Arqueología del saber* (1969); que conformará una propuesta analítica del discurso y de su tan conocida visión arqueológica. En la segunda etapa se centrará en el poder, y su preocupación será entender las tácticas y estrategias que éste utiliza. Dará un viraje teórico y metodológico, y pasará de la arqueología a la genealogía. Esta es un método que gira en torno al poder y establece un vínculo del saber erudito con el saber de la gente, entendiendo a éste último como una forma de conocimiento local, regional, crítico y diferencial. La genealogía rechaza el saber científico totalizador que remite cualquier tipo de conocimiento a un centro básico de explicación, es decir, con pretensiones de verdad absoluta y deseos de hegemonía sobre los demás saberes. Las obras que abarca este segundo periodo son: *El orden del discurso* (1970), *Nietzsche y la genealogía de la historia* (1971), *Vigilar y castigar* (1975), y el primer volumen de *La historia de la sexualidad* (1976). La tercera etapa comenzará durante su investigación sobre la sexualidad, pues del interés en el poder transcurrirá al de la subjetividad de los individuos, ligándola a la ética. Se aboca a desarrollar, entonces, una ontología histórica sobre las *técnicas del yo*, las cuales convierten a los hombres en agentes morales. Las obras que corresponden a ésta etapa son: los volúmenes dos y tres de *La historia de la sexualidad, el uso de los placeres* (1984) y *la inquietud de sí* (1984), respectivamente (Eridon, 1992; Ibáñez, 1982: 83-125; Ceballos, 1997: 19-32; Sagré, 2001: 4-7; Ritzer, 2002: 567-578; Meza, 2002: 175-182).

Autores

Jorge Mendoza García. Licenciado y maestro en Psicología Social por la Facultad de Psicología de la UNAM. Profesor del Departamento de Sociología y Trabajo Social de la Universidad Autónoma de Tlaxcala. Integrante del Seminario Memoria Colectiva y Olvido Social, de la Facultad de Psicología, UNAM. Profesor invitado de la Maestría en Psicología Social de la Universidad Autónoma de Querétaro. Compilador del libro *Significados colectivos: procesos y reflexiones teóricas*. Tiene varios capítulos publicados en libros de Psicología y de Ciencias Sociales. Su línea de trabajo es la memoria colectiva y el olvido social.

Correo electrónico: jorgeuk@correo.unam.mx

Manuel González Navarro. Licenciado y maestro en Psicología Social por la UNAM. Diplomado en Análisis Político por la UIA. Profesor investigador del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa. Presidente de la Sociedad Mexicana de Psicología Social, A.C. Ha realizado estudios de psicología política. Imagen de partidos políticos y candidatos, así como de preferencias electorales.

Correo electrónico: gona@xanum.uam.mx

María Xóchitl Raquel González Loyola Pérez. Licenciada en Psicología, área clínica, Facultad de Psicología, UAQ. Maestría en Análisis Político, Fac. de Ciencias Políticas y Sociales, UAQ. Investigadora del Centro de Investigaciones Psicológicas y Educativas, desde 2001. Coordinadora de la Maestría en Psicología Social de la UAQ. Correo electrónico: rgloyola@uaq.mx

Eulogio Romero Rodríguez. Maestro en Psicología Social por la Universidad Adam Mickiewicz de Pozna, Polonia; Profesor investigador de la Maestría en Psicología Social de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México. Responsable del seminario: Sujetos Sociales Emergentes y Participación Ciudadana. Estudiante del doctorado en Psicología Social del Laboratorio de Psicología Ambiental de la Universidad René Descartes París-5.

Correo electrónico: eromero@siu.buap.mx

Héctor Meza Aguilar. Licenciado en Psicología por la Facultad de Psicología, UNAM. Profesor investigador del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa. Jefe del Área de Investigación de Procesos Psicosociales de los Fenómenos Colectivos. Líneas de trabajo: Psicología Política y Psicología Colectiva.

Correo electrónico: hectormeza2003@hotmail.com

**Los procesos de participación social
se terminó de imprimir en
noviembre de 2004
en los talleres de Estudio Gráfico
ubicado en Fray de Torquemada No. 143
Col. Obrera, Cuauhtémoc.**

Corrector de estilo: Víctor Alejandro Polanco Frías

Con un tiraje de 900 ejemplares

